pósito de las características del texto de la *Vita*, nos hemos inclinado por elegir la versión más antigua, es decir la del manuscrito *G*. Sólo en aquellos pasajes donde existe alguna laguna importante damos la traducción del pasaje correspondiente de la recensión de Westermann (*W*). Creemos que esta traducción de la *Vita*, que ahora aparece en la Biblioteca Clásica Gredos, es la primera que se hace a cualquier lengua del códice *G*, a pesar de la que en 1952 anunciaba Perry [40], que haría H. C. Cunningham y que, desde luego, parece nunca llegó a publicarse.

Deben hacerse constar, por último, las dificultades que han rodeado la preparación de la presente traducción al no existir ninguna que pudiera arrojar alguna luz sobre los numerosos puntos en que es arriesgado decidirse por una versión determinada para pasajes y sobre todo palabras que son auténticos *hapax*. El diccionario de Liddell-Scott recoge en su suplemento sólo una pequeña parte del nuevo léxico que aporta el texto *G* de la *Vita*. En este sentido, consideramos que algo puede también aportar la tarea de esta versión.

PEDRO BÁDENAS DE LA PEÑA

Madrid, Poitiers, Quimper.

[40] *Aesopica*, p. VIII.

VIDA DE ESOPO *

Libro del filósofo Janto y de su esclavo Esopo, sobre las andanzas de Esopo

1. El utilísimo Esopo, el fabulista, por culpa del destino era esclavo, por su linaje, frigio, de Frigia; de imagen desagradable, inútil para el trabajo, tripudo, cabezón, chato, tartaja, negro, canijo, zancajoso, bracicorto, bizco, bigotudo, una ruina manifiesta. El mayor defecto que tenía, aparte de su fealdad, era su imposibilidad de hablar; además era desdentado y no podía articular.

2. Su amo, que lo tenía siempre en silencio y sin hacer nada en su casa de la ciudad, lo mandó al campo... y uno de sus compañeros de esclavitud viendo al otro triste le dijo:

—Compañero, sé que estás pensando: quieres comer higos.

—Sí, por Zeus —respondió—, ¿cómo la sabes?

—Por la manera de mirar conozco tu intención. Así que voy a darte una idea de cómo nos los comeremos los dos.

* Del códice «*G*» de la Biblioteca Pierpont Morgan (397) de Nueva York.

—Pues no has dado ninguna buena idea —dijo el otro—, porque cuando venga el amo a buscar higos y no podamos dárselos, ¿qué va a pasar?

—Díle que Esopo, al encontrar por casualidad abierto el almacén, irrumpió en él y se comió los higos. Así, como Esopo no puede hablar, será castigado y tú satisfarás plenamente tu deseo.

Dicho esto se sentaron en torno a los higos y se los comieron, mientras decían:

—¡Ay de Esopo! Verdaderamente está echado a perder y nada le viene mejor que el que le peguen. Así, por una vez, nos vamos a poner todos de acuerdo y lo que se pueda romper, estropear o caer al suelo, decimos que lo ha hecho Esopo y nos evitaremos problemas en adelante.

Y así se comieron los higos.

3. A la hora de costumbre, al amo, después de tomar el baño y desayunar, le entraron ganas de higos, se fue a buscar el fruto y dijo:

—Agatopo, dame higos.

Al ver el amo que se lo tomaba a risa, se molestó y cuando supo que Esopo se había comido los higos, dijo:

—Que llame uno a Esopo.

Después que fue llamado se presentó. Y le dijo el amo:

—¡Maldito! ¡Así me has despreciado!, ¿de manera que has entrado en el almacén y te has comido los higos que había preparados para mí?

Esopo le oyó y como no podía hablar por el obstáculo de su lengua, clavó la vista en sus acusadores, que estaban presentes. Cuando estaba a punto de que lo azotaran se tiró a las rodillas del amo y suplicó que se contuviera un poco. El amo aguardó, Esopo, al ver que al lado había un cántaro lo cogió y, por señas, pidió agua tibia y luego de meter un cazo dentro, Esopo bebió el agua, se metió los dedos en la boca y, tras provocarse arcadas, arrojó el agua tibia que había bebido, porque no había probado absolutamente nada. Después de demostrar su inocencia por medio de esta argucia, reclamó que sus compañeros hicieran lo mismo que él para saber quién era el que se había comido los higos. Asombrado el amo de la ocurrencia de Esopo mandó que los otros, después de beber, vomitaran. Los esclavos se dijeron:

—¿Qué vamos a hacer, por Hermes? Bebamos y no nos metamos los dedos del todo, sino sólo los nudillos.

Pero en cuanto bebieron el agua tibia, que es una cosa biliosa, los higos salieron a flote y nada más quitar el dedo los higos salieron danzando. El amo dijo:

—¿Véis cómo habéis acusado en falso a quien no puede hablar? ¡Desnúdalos!

Al llevarse éstos los azotes, aprendieron, sin duda, que quien trama un mal contra otro, sin darse cuenta se lo está haciendo a sí mismo.

4. Así pagaron su delito quienes faltaron contra uno que no podía hablar... Se encontraba Esopo cavando el campo, cuando casualmente una acólita de Isis, que andaba extraviada por el camino real, entró en el campo, donde fue a encontrarse con Esopo mientras cavaba. Al verle hacer una tarea tan penosa y sin saber la desgracia que tenía, dijo:

—¡Eh, hombre! si te sabes compadecer de las ánimas mortales enséñame el camino que lleva a la ciudad, que me he perdido.

Esopo se volvió y cuando vio delante la figura humana de la diosa, como era piadoso, se prosternó y empezó a hacer señas con la cabeza, como queriendo decir:

—¿Por qué has abandonado el camino real y has entrado en esta finca?

Esta se dio cuenta de que oía, pero que no podía hablar; empezó a asentir con la cabeza y decir:

—No soy de estos lugares, como ves soy sacerdotisa, ya que lo desconozco, porque me he perdido, te pido que me enseñes el camino.

Cogió Esopo la escardilla con que estaba cavando, tomó a ésta de la mano, la llevó a la arboleda y le ofreció pan y aceitunas de su zurrón; cortó también unas verduras silvestres, se las trajo y le obligó a comer. Ella comió. Luego la llevó a una fuente y se la enseñó por si quería beber. Una vez que hubo comido y bebido deseó lo mejor a Esopo. De nuevo le rogó con la cabeza que le hiciera el último favor y le mostrara el camino. Esopo la condujo al camino principal, el que atraviesan los carros, y una vez se lo hubo enseñado se marchó y volvió a dedicarse a su tarea.

5. La sacerdotisa de Isis, cuando volvió a tomar el camino, se acordó de la bondad de Esopo y, levantando las manos al cielo, dijo:

—¡Ornato de la tierra toda, Isis, la de mil nombres! Apiádate de este trabajador desgraciado, piadoso, porque lo ha sido, no conmigo, señora, sino con tu figura. Y si no quiere enderezar su vida con riquezas, a quien los dioses le privaron de ellas, al menos, concédele la gracia de hablar, porque tú eres capaz incluso de sacar de nuevo a la luz lo que ha caído en las tinieblas.

Ante esta súplica de la sacerdotisa, Isis, la señora, accedió, pues la palabra piadosa aprisa llega a los oídos de los dioses.

6. Esopo, agobiado por el fortísimo calor, dijo para sí:

—Tengo dos horas que me da el capataz para descansar; las voy a dormir para librarme del calor.

Eligió un lugar de la finca, lleno de vegetación, tranquilo, con árboles y umbrío, en el que, lleno de verde hierba, crecían en abundancia flores de muy vario color, que el bosque y húmeda pradera, que allí había, envolvían. Esopo se reclinó en la hierba, dejó en el suelo la azada y poniéndose el zurrón y la pelliza de cabezal se echó a descansar. Allí, por entre los árboles, el río resonaba. Había un suave viento de poniente[1] que hacía soplar una brisa que agitaba la arboleda. Cantaba en las ramas intensamente la chicharra y, de los voraces pájaros multicolores, el gorjeo resonaba[2]. El empuje que venía del cielo, en el muy flexible pino, devolvía un murmullo como el del mirlo. Y el eco imitador de los sonidos, como un canto combinado, al unísono con todos los demás, abrumaba con su ruido. Esta mezcla de sonidos producía un susurro melodioso. Cautivado por esto, Esopo fue arrastrado a un dulce sueño.

7. Entonces precisamente, la diosa, la soberana Isis, se apareció con las nueve Musas y dijo:

—Miradlo, hijas, a este hombre, deforme de figura, pero capaz de vencer toda burla con su piedad. Éste, en una ocasión, mostró el camino a una diaconisa mía que andaba extraviada. Aquí estoy con vosotras para recompensar a este hombre. Así, yo le restituyo la voz y vosotras a la voz añadid la gracia del discurso excelente.

Tras decir esto y quitarle la aspereza de su lengua, la misma Isis le agració con la voz y persuadió además a las Musas para que cada una de ellas le agraciara con algo de sus propios dones. Éstas le otorgaron la inventiva de los razonamientos y la facultad de crear y construir en griego[3]. Una vez que la diosa expresó

[1] Literalmente, Céfiro.

[2] Se omite un breve pasaje de texto dudoso y corrupto.

[3] El texto dice *poiéseis;* la *poiesis* es tanto la facultad de

su deseo de que llegara a ser famoso se retiró. Las Musas también, después de conceder cada una sus favores, se subieron al monte Helicón[4].

8. Esopo, después de haber dormido y cuando, por obra de la naturaleza, estuvo arreglado su defecto, se despertó y dijo:

—¡Ay, qué bien he dormido! —mientras que empezaba a dar nombre a lo que veía: la azada, la alforja, la zamarra, el zurrón, el buey, el burro, la oveja.

—¡Hablo —exclamó— por las Musas! ¿De dónde he sacado yo el hablar? ¿de dónde lo he aprendido? Sin duda, porque fui piadoso con la sacerdotisa de Isis. De manera que hermosa cosa es ser piadoso. Así pues, espero concebir de los dioses provechosas esperanzas.

9. Contentísimo, cogió de nuevo su azadón y empezó a cavar. El capataz de la finca se metió con los trabajadores y pegó a uno de los compañeros de Esopo con un palo. Esopo no pudo contenerse y dijo:

—¡Hombre! ¿Por qué maltratas de manera tan cruel a quien no ha hecho nada malo y le pegas tan duramente, cuando tú a cada paso estás haciendo muchas cosas mal y nadie te pega?

Zenas se dijo para sí:

—¿Qué es esto? ¿Esopo habla? ¡Por los dioses! Al haber empezado a hablar a nadie ha golpeado si no es a mí, que soy el que habla y el que da órdenes. Si yo a éste no le acuso con un pretexto me puede echar del puesto, porque cuando todavía estaba mudo me dio a entender por señas que «si viniera mi amo te haría salir del cargo, porque te acusaría por señas». Pues si por señas podía darse a entender, hablando será mucho más convincente. Así que no es buena cosa exponerse.

10. Conque gruñendo subió al caballo y se fue a la ciudad. Al llegar ante la casa del amo, saltó del caballo y, luego de atar la brida a la argolla del portal, entró en la casa y, encontrándose al amo, dijo:

—¡Amo!

—Zenas, ¿por qué estás agitado?

Zenas contestó:

—Una cosa prodigiosa ha ocurrido en tu finca.

—No será que ha dado frutos un árbol a destiempo —dijo— o que ha nacido una cosa en forma de hombre y con cuatro patas.

—No, amo.

—Pues entonces, ¿qué crees que es lo prodigioso? Cuéntame la verdad.

Zenas explicó:

—Esopo, el inútil, al que enviaste al campo a cavar, el barrigudo...

—¿Ha parido algo? —replicó el amo.

—Nada de eso, sino que era mudo y ha empezado a hablar.

Contestó el amo:

—¡Que te parta un rayo! ¿Qué crees que tiene eso de prodigioso?

---

crear como la *poesía* propiamente dicha. Naturalmente aquí se refiere el término a que las Musas hicieron de Esopo un *poeta* en ambos sentidos, es decir, capaz de *crear poesía*. No se olvide que los mismos griegos tenían conciencia de que las fábulas, en origen, se componían en verso (cf. nota 2 a la «Nota sobre el texto de las fábulas esópicas», pág. 30). Por otra parte, la expresión *mythōn Hellenikōn* alude a dos cosas: primero, *mythos* significa *palabra*, lógicamente con ello se apunta que Esopo, un bárbaro mudo, empieza a hablar en griego. Segundo, la dependencia en genitivo de *poiéseis* implica entender *mythos* en otro sentido, significando *fábula*. En suma, el significado del pasaje es doble: Isis y las Musas hacen a Esopo capaz de hablar y además le inspiran el don de la poesía fabulística.

4 El monte Helicón, en Beocia, se consideraba la morada del grupo de Musas dependientes de Apolo. Existía otro grupo de Musas, las de Pieria, en Tracia.

—Sí y mucho.

—¿Por qué? ¿Si los dioses, irritados contra ese hombre, le privaron por poco tiempo de su voz y ahora, de nuevo reconciliados, le han hecho objeto de su favor, lo cual es precisamente lo que ha ocurrido, crees que es un prodigio?

—Sí, amo —repuso Zenas—, porque una vez que ha empezado a hablar se pone a decir todo tipo de cosas sobre el género humano. Y dice unas cosas tremendas de mí y de ti, que mis oídos no pueden escuchar.

11. El amo se inquietó y dijo a Zenas:

—Vete y véndelo.

A lo que contestó Zenas:

—¿Bromeas, amo? ¿Es que no conoces su fealdad monstruosa? ¿Quién va a querer comprarlo y tener un mono en vez de un ser humano?

—Pues márchate —dijo el amo— y regálaselo a alguien. Y si ninguno lo quiere aceptar, azótalo y mátalo.

Zenas, con la potestad recibida del amo para hacer lo que quisiera, saltó de nuevo al caballo. Cuando llegó a la finca se dijo para sí:

—El amo me ha dado licencia para hacer todo lo que quiera con Esopo: venderlo, regalarlo, matarlo. En realidad, ¿qué mal me ha hecho para que lo mate? Lo venderé.

Así pues, servían a Esopo todas las circunstancias con las que le favorecían los dioses.

12. Sucedió que un mercader de esclavos cabalgaba del campo a la ciudad y puesto que quería llevarse género iba buscando por los campos acémilas para alquilar, y como no encontraba, se volvía a la ciudad. Zenas, que le conocía, le saludó efusivamente y dijo:

—¡Ofelio, maestro, salud!

—¡Zenas, jefe, salud! —dijo Ofelio—. Zenas, ¿no me puedes alquilar o vender algunas acémilas?

—¡No, por Zeus! —exclamó—. Pero puedo venderte un macho barato, si tú quieres.

El mercader, acostumbrado a vivir de esto, dijo:

—¿A mí, que soy un traficante, me preguntas si quiero comprar una cabeza barata?

—Vente a la finca —dijo el otro.

13. Zenas lo llevó al campo y dijo:

—Que se llegue uno de los esclavos al tajo y llame a Esopo.

Uno de los compañeros de esclavitud se marchó y al ver a Esopo que estaba cavando, le dijo:

—Esopo, tira el azadón y sígueme, que te llama el amo.

—¿Qué amo —preguntó—, mi amo natural o el administrador? Pues está clarísimo, haz la distinción y di: el administrador, y si no, el amo, porque también el administrador está uncido al yugo de la servidumbre como esclavo.

El compañero dijo para sí:

—¡Qué cambiazo! Desde que empezó a hablar se ha vuelto extrañísimo.

Esopo, después de tirar el azadón, dijo:

—¡Qué canalla es la costumbre de la esclavitud! por eso los dioses la odian. «Esopo, hazme el triclinio. Esopo, caliéntame el baño. Esopo, échame agua. Esopo, pon el pienso al ganado.» Todo cuanto es cansado o asqueroso o está lleno de dolor y humillación, todo se lo endilgan a Esopo. ¿Pues no me han dado los dioses parte en la facultad de hablar? El amo volverá y aprovechando la ocasión, tras acusarle, conseguiré que lo

echen del cargo; pero ahora no hay más remedio que obedecer. Así que, guíame, compañero[5].

Cuando llegaron dijo éste:

—Aquí está Esopo, señor.

—¡Observa, jefe! —dijo Zenas.

14. El traficante se volvió, miró la pinta tan chocante de Esopo y dijo:

—Éste es el trompetero de la Geranomaquia[6]. ¿Este es un hombre o una raíz de caña? Éste, si no tuviera

[5] Adviértase aquí la crítica a la institución de la esclavitud que aparece más o menos encubierta en numerosos pasajes de la *Vida*. También en algunas fábulas puede seguirse, por su argumento, el pensamiento sobre el fenómeno de la esclavitud. En general, la moral esópica sobre este tipo de explotación se compone de una mezcla de espíritu práctico, individualismo, escepticismo y pesimismo; la ideología que subyace en el personaje y fábulas esópicas es la del trabajador oprimido que desiste de cambiar el orden establecido. Concretamente, por lo que a las fábulas se refiere, coincidentes en su núcleo con la época de las luchas contra la aristocracia (siglos VII-VI a. C.), éstas podrían utilizarse contra el conservadurismo, pero sería un error entender que fuera la expresión de una postura ideológica coherente para ir contra el mantenimiento de la servidumbre institucionalizada. Para más detalles, puede verse M. L. GASPAROV, «Le sujet et l'idéologie des fables d'Ésope» (en ruso, con resumen en inglés), *VDI* 105 (1968), 116-127.

[6] Se alude a los Pigmeos, un pueblo de enanos (cf. *Ilíada* III 3 ss.) que habitaban al S. de Egipto y pelearon contra las grullas. Esta guerra mítica está recogida en diversas leyendas. Por ejemplo, que entre los pigmeos nació una muchacha bellísima, Enoa, que despreció a los dioses, en particular a Ártemis y Hera. Se casó con el pigmeo Nicodamante, del que tuvo un hijo, Mopso. Los pigmeos para celebrarlo cubrieron de regalos a los padres. Hera, envidiosa de la mujer, la metamorfoseó en grulla. Convertida ya en este pájaro, intentó buscar a su hijo, pero los pigmeos no la reconocieron y trataron de rechazarla. De ahí la enemistad entre las grullas y los pigmeos y el temor de éstos por aquéllas. (Cf. también VIRGILIO, *Eneida* X 264 ss.; OVIDIO, *Metamorfosis* 6, 90 ss.). Véase fábula 26 de Babrio y nota correspondiente.

voz, podría decirse que es un caldero con patas, un cubo de pienso o un huevo de oca. Zenas, maldito seas. ¿Por qué pudiendo haber terminado yo mi viaje me has hecho dar un rodeo, como si tuvieras algo bueno que venderme y no una mierda?

Y dicho esto se marchó.

15. Al marcharse, Esopo le tiró del manto y dijo:

—¡Escucha!

—¡Quita! —replicó el traficante—. ¡Mal rayo te parta! ¿Por qué me llamas?

—¿Por qué has venido aquí? —preguntó Esopo.

—Por tu culpa, para comprarte.

—Entonces —repuso Esopo—, ¿por qué no me compras?

—No me cargues, que no quiero comprarte —dijo el traficante.

—¡Cómprame, hombre! —decía Esopo—. ¡Por Isis, que te voy a ser útil!

El mercader le contestó:

—¿Y en qué me puedes ser útil? ¿Voy a comprarte para que luego me pese?

Esopo añadió:

—¿No tienes en tu almacén de esclavos muchachos sin educar que reclamen atención en todas y cada una de las cosas?

—Sí —replicó el traficante.

—Cómprame y házeme educador de ellos, porque, asustados por mi repugnante aspecto, pondrán fin a su impudicia.

—¡Por tu sordidez, buena idea! —Y volviéndose a Zenas le dijo: —¿Por cuánto vendes a esta tiña?

—Trae tres óbolos —pidió Zenas.

—¿Cómo tanto? —dijo el traficante.

—Dame lo que quieras —consintió Zenas.

Y dándole algo menos, el traficante lo compró.

16. Al entrar en la ciudad llevó a Esopo al almacén de esclavos, y dos niños, a los que aún alimentaba su madre, cuando vieron a Esopo, empezaron a chillar y se escondieron. Esopo dijo al mercader:

—Ya tienes una prueba de lo que te decía, porque el hecho es que has comprado el remedio más rápido para los niños sinvergüenzas.

El traficante de esclavos se echó a reír y le dijo:

—En aquel triclinio están tus compañeros de esclavitud, entra y salúdalos.

Entonces, Esopo se acercó y vio a unos muchachos guapísimos y todos ellos revoltosos, como Apolos y Dionisos. Los besó[7], diciendo:

—¡Salud, compañeros!

—Lo mismo —le respondieron todos.

Siguió Esopo:

—Compañeros, soy vuestro, pero sin embargo soy una ruina.

Los esclavos comentaron entre ellos:

—¡Desde luego, por Némesis! ¿Qué le ha pasado al amo para comprar semejante elemento tan tiñoso?

—¿Pues sabes por qué lo ha comprado? —dijo uno.

—¿Por qué? —inquirió otro.

—Para hacer de él un amuleto que proteja al negocio.

17. El traficante se dirigió a sus esclavos y dijo:

—Muchachos, aceptad vuestro destino, por vuestro bien. No he encontrado acémilas ni para alquilar ni para comprar. Por tanto, tenéis que distribuiros la carga, porque mañana nos vamos a Asia.

---

7 En Grecia el saludo habitual era darse un beso.

Así pues, dividiéndose de dos en dos se distribuyeron los bultos. Esopo, después de tropezarse con todos, dijo:

—Os pido, compañeros, puesto que soy un recién comprado y tengo un cuerpo débil, que me dejéis llevar la carga más ligera.

—No lleves absolutamente nada —le dijeron.

—Es feo que yendo todos mis compañeros cargados —contestó Esopo—, aparezca yo ante el amo como inútil. Los compañeros comentaron:

—¿Por qué es tan chulo? ¡Coge lo que quieras! —le dijeron.

18. Después de mirar por todos sitios, Esopo contempla la impedimenta del traficante para el viaje: una cesta, esteras, sacos llenos de menaje, cacharros, canastos. Al ver un canasto que había lleno de pan, que querían llevar entre cuatro, dijo Esopo:

—Dejadme a mí solo ese canasto.

Los esclavos se dijeron:

—No hemos visto nada más idiota que ese chiquilicuatro; pidió para llevar lo más ligero de todo y al final ha agarrado lo que más pesa.

—No es idiota —añadió otro—, sino un muerto de hambre, pues quiere tener los panes a mano y comer más que los demás; démosle el canasto.

Todos los que le rodeaban le dejaron el canasto. Esopo, cuando empezó a levantar el pesado cesto, se tambaleó todo él. Al verlo el mercader de esclavos se quedó asombrado y dijo:

—Mira qué animoso es Esopo para trabajar, da así valor a los demás para llevar su carga. Ya he amortizado su precio, pues esa carga es propia de una bestia.

19. Las otras parejas al levantar sus cargas se burlaban de Esopo. Una vez, pues, que salió al camino les enseñaba cómo pasear el canasto; cuando subía cuesta

arriba daba la vuelta al cesto y lo arrastraba con los dientes hasta subir; la cuesta abajo la hacía sin esfuerzo, porque lo dejaba deslizarse y él subido encima se dejaba arrastrar. Malamente llegaron a una posada y dijo el traficante:

—Esopo, da pan a cada uno por yugo.

Al repartir pan a tantos esclavos, el canasto se quedó medio vacío. Después de reponerse se pusieron otra vez en camino. Esopo se quedó ligero de carga. Más adelante llegaron a otra posada y volvió a repartirles pan, quedando el canasto vacío. Entonces se echó el cesto al hombro y, corriendo, se puso el primero de todos. Los esclavos se dijeron:

—¿Quién es el que va corriendo el primero, alguno de nosotros o un forastero?

—No sé —contestó uno—, creo que es el recién comprado, el lisiado, el que cogió el canasto que ni una acémila podía acarrearlo.

—No sabes —repuso otro— lo espabilado que es ese hombrezucho.

—Los hombrezuchos esos —añadió otro—, disminuidos de aspecto, tienen cabeza; porque pidió llevar los panes, que se van gastando por estar a mano, mientras que nosotros llevamos las piezas, las mantas y las cosas de metal, que no se pueden gastar.

—¡Ay, es digno del toro[8], el tío! —dijo otro.

20. Al final del viaje llegaron a Éfeso. Entonces, el traficante hizo su negocio con la venta de los esclavos. Pero se reservó tres para él, dos muchachos, de los que uno era un gramático y otro un citarista y Esopo,

[8] Se refiere a un tormento consistente en introducir a la víctima en el interior de un toro de bronce para morir asado lentamente. La invención de este siniestro instrumento de tortura se atribuye a Fálaris, tirano de Acragante, Sicilia (mediados del VI a. C.).

puesto que ni aquéllos ni Esopo habían alcanzado el precio necesario. Un amigo del traficante le dijo:

—Si quieres sacar un buen precio de los esclavos cruza a la isla de Samos, pues es rica, y Janto, el filósofo, que vive allí, tiene una escuela y muchos de Asia y Grecia forman parte de su círculo. Alguien te comprará al gramático para tener un compañero de gimnasio con vista a su formación. Otro, alguien refinado, te comprará al citarista para saborear el placer al lado de los jovencitos. Y a ése, alguien te lo comprará, si es que la divinidad está irritada, y lo hará capataz o portero o cocinero.

Quedóse convencido el traficante con la opinión de su amigo; se montó en una barca con sus esclavos y cruzó a Samos. Después de desembarcar y encontrar albergue adornó los esclavos para la venta.

21. Al citarista, que era guapo, lo vistió con una túnica blanca, le puso un calzado fino, le peinó el pelo, le dio un pañuelo para encima de los hombros y lo puso sobre el podio de venta. Al gramático, que tenía unos tobillos delgados, lo vistió con una gruesa túnica y lo calzó con un calzado grueso, para que el espesor de la ropa, junto con el del calzado, disimularan lo feo de sus piernas. También le peinó el cabello y le dio un pañuelo, después lo colocó en el podio. Como de Esopo no podía esconder ni adecentar nada, puesto que él entero era un adefesio, lo vistió con una túnica de tela de saco, luego le ciñó un girón y lo colocó en medio de los guapos. Muchos oyeron al subastador anunciando los esclavos y decían:

—¡Ah, qué majos son ésos!, pero, ¿de dónde sale ese desastre? Ese anula a los demás. ¡Quítalo de ahí en medio!

Con todo, a pesar de las numerosas burlas, Esopo estuvo quieto, sin inmutarse.

22. Casualmente, la mujer de Janto pasó por aquel lugar en la litera, a hombros de los suyos. Después de oír al subastador llegó a su casa y, habiéndose encontrado a su marido, dijo:

—Marido, no tenemos muchos esclavos adultos, pues la mayoría del servicio corre a cargo de los pequeños. Por casualidad están anunciando esclavos. Acércate al lote y cómprame un esclavo decente.

—Lo haré —dijo Janto.

Y Janto, después de acercarse y saludar a sus discípulos y tras hablar un poco sobre el lenguaje, salió del estudio y al frente de sus alumnos llegó con ellos a la plaza.

23. Cuando vio de lejos a los dos esclavos decorosos y al otro lisiado se sorprendió por la ocurrencia del traficante y exclamó:

—¡Ah, muy bien, sí señor, por Hera! Muy ingenioso y filósofo, sumamente admirable y agudo el comerciante.

Los discípulos dijeron:

—Maestro, ¿qué alabas? ¿qué te llama la atención? Compártelo también con nosotros y no receles participar de lo bello.

Janto dijo:

—Mis filólogos. No penséis que la filosofía está asociada sólo a las palabras, sino también a los hechos. Porque en muchas ocasiones la filosofía tácita supera a la de las palabras o la viene a confirmar. Esto es posible observarlo con los danzantes, de forma que por medio del movimiento de las manos se dan a conocer a gran distancia todas aquellas cosas que son objeto de movimiento y la callada filosofía que hay en ello. Sin duda, ése, al tener dos esclavos hermosos y uno inservible, puso al inservible en medio de los hermosos, para que la fealdad de éste hiciera ver a las claras la belleza de los otros. Pues si no se hubiera colocado lo horrible al lado de lo excelente, no se podría contrastar la percepción de la belleza.

Los discípulos exclamaron:

—Eres divino, maestro, extraordinario, al haber apreciado tú la idea de este hecho.

Janto añadió:

—No obstante, acercaos conmigo para comprar uno de los esclavos, pues me hace falta para el servicio.

24. Habiéndose parado ante el primer esclavo le preguntó:

—¿De dónde eres?

—Capadocio —contestó.

—¿Cuál es tu nombre?

—Lígiris —dijo.

Janto continuó preguntándole.

—¿Qué sabes hacer?

—Yo, todo.

Esopo, de pie, no hacía más que reírse. Los discípulos, viéndole reír[9] y (viendo también) su espantoso rostro, que se había puesto sombrío y dejando ver tan sólo sus dientes, les pareció que estaban viendo un prodigio monstruoso. Se dijeron entre sí:

—¿No es una chepa con dientes?

—¿Qué, ha visto que le ha hecho reír? —dijo otro.

—No se ríe, tirita de horror, sepamos qué cuenta —añadió otro. Y, acercándose, le tiró por detrás y dijo: Listo, ¿por qué te ríes?

Esopo, volviéndose hacia él, le dijo:

—¡Lárgate, borrego de agua!

El discípulo, perplejo por lo dicho, se retiró. Janto dijo al traficante:

[9] Falta aquí un folio del manuscrito *G*, para completar el pasaje incluimos la traducción del texto del capítulo 24 de la recensión *W*.

—¿Cuánto vale el citarista ese?

—Mil denarios —contestó.

Como encontró exagerado el precio se dirigió al otro esclavo y preguntó:

—¿Tú de dónde eres?

—Lidio —respondió.

—¿Cómo te llamas?

—Filócalo.

Janto inquirió:

—¿Qué sabes hacer?

—Todo —dijo el esclavo.

Esopo se echó a reír de nuevo. Los discípulos, al verlo, dijeron:

—¿Pero, por qué tiene que reírse por todo?

—Si quiero oír otra vez «cabrón de agua», no tengo más que hacerle una pregunta —añadió otro.

Janto dijo al traficante:

—¿Por cuánto vendes al gramático?

—Por tres mil denarios —contestó.

Janto, después de oír esto, se desanimó, dio media vuelta y se marchó. Los discípulos le dijeron:

—Maestro, ¿no te gustaron los esclavos?

—Sí —contestó—, pero mi intención es no comprar esclavos excesivamente caros, sino hacerme con unos baratos.

Uno de los discípulos dijo:

—Si tu propósito es no comprar algo costoso, compra a ese feo, pues te hace el mismo servicio y nosotros, en común, te daremos lo que valga.

—Tiene gracia —dijo Janto— que vosotros me deis el dinero para comprar un esclavo, pero mi hermosa mujer no soportará verse servida por un esclavo horrible.

Los discípulos contestaron:

—Maestro, con frecuencia tus enseñanzas son que no hay que dejarse convencer por la mujer.

25. Janto dijo:

—Conozcamos primero si sabe algo, no sea que malgastéis vuestro dinero en vano.

Acercándose a Esopo le dijo:

—¡Salud!

Y Esopo:

—¡Pero, si no me duele nada! [10].

Y los discípulos:

—¡Qué bueno, por las Musas! ¡Claro que no le duele nada!

Así, pues, se quedaron perplejos con lo atinado de sus palabras. Entonces le preguntó Janto:

—¿Qué eres?

—Soy humano —contestó Esopo.

—No digo eso —repuso Janto—, sino dónde has nacido.

—En el vientre de mi madre —dijo Esopo.

—Todo lo coge al revés —exclamó Janto—. No te estoy preguntando eso, sino en qué lugar has nacido.

—Eso no me lo dijo mi madre —contestó Esopo—, quizá en el dormitorio, quizá en el triclinio.

—Dime de dónde eres, por razón de tu nacimiento —inquirió Janto.

—Frigio —dijo Esopo.

—¿Qué sabes hacer?

—Yo, absolutamente nada.

—¿Por qué nada? —preguntó Janto.

—Porque los muchachos esos que están contigo lo saben todo.

Los discípulos exclamaron:

---

[10] El efecto cómico radica en la diferente interpretación que de las palabras hacen ambos interlocutores. La forma banal de salutación, «¡Salud!», la toma Esopo deliberadamente al pie de la letra para ridiculizar a Janto. Esto es el inicio de los posteriores juegos del lenguaje que siguen.

—¡Ay, qué cándido! Esos otros respondieron mal, puesto que un hombre no está instruido en todo. Por eso ha dicho éste que nada sabe, por eso se reía.

26. —¿Quieres que te compre? —preguntó Janto.

—¿Es que piensas tenerme a mí ya como consejero —contestó Esopo— para tomar consejo de mí? Si quieres comprarme, cómprame. Si no quieres, lárgate, no me importa. Pues el hombre que me vende, al no tener redes, no arrastra por la fuerza a los que no quieren y nadie te da a ti garantía para que me compres, sino que tienes potestad de elegir conforme a tu propia voluntad. Si quieres comprarme, paga el precio: abre la bolsa. Y si no quieres, no te burles de mí.

Janto respondió:

—Muy charlatán eres.

—Los gorrioncitos cotorros se venden caros —respondió Esopo.

Los discípulos exclamaron:

—¡Bien por Hera! Esopo ha dado una lección al maestro.

Dijo Janto entonces:

—Quiero comprarte, pero no empieces a escaparte.

—Eso, si quiero hacerlo —replicó Esopo—, no voy a pedirte a ti consejo, como tú a mí. ¿A quién corresponde escaparse, a ti o a mí?

—Está claro que a ti —dijo Janto.

—Pues no, es a ti.

—¿Por qué a mí?

—Porque si tratas bien a los esclavos —explicó Esopo—, nadie abandona una buena situación y marcha a una mala, dedicándose uno a andar errante y a pasar, además, hambre y miedo. Mientras que si tratas mal a los esclavos no estoy a tu lado ni una hora, ni media, ni un instante.

Le replicó Janto:

—Uno así escapa a la menor. De todos modos, cuanto estás diciendo es propio de un ser humano, pero tú eres un inútil.

—No me mires el aspecto —repuso Esopo—, sino ten más bien en cuenta mi alma.

—¿Qué es el aspecto? —preguntó Janto.

—Lo que ocurre con frecuencia cuando se va a comprar vino a la taberna: vemos unos vasos feos, pero buenos por su sabor.

27. Janto, después de alabar lo decidido de sus palabras, acercándose al traficante, le dijo:

—¿Por cuánto vendes a éste?

—¿Quieres burlarte de mi negocio? —respondió el mercader.

—¿Por qué? —preguntó Janto.

—Pero, ¿por qué has desechado a esos que valen más y te fijas en este esclavo miserable? Cómprame uno de aquéllos y ten éste de propina —dijo el mercader.

—De todas formas, ¿cuánto vale éste? —insistió Janto.

—Lo compré por sesenta denarios, me ha gastado quince, echa la cuenta.

Los de los impuestos, al oír que se habían vendido esclavos importados, preguntaron quién los había vendido o quién los había comprado. A Janto le daba apuro decir que había comprado un esclavo por setenta y cinco denarios. El traficante también tenía vergüenza, así que se callaron. Esopo, entonces exclamó:

—El sujeto de la venta he sido yo, el que me vendió es ése y el que me compró, éste. Si ellos se callan está claro que yo soy libre.

—Yo he comprado un esclavo por setenta y cinco denarios —saltó Janto.

Los del arbitrio se echaron a reír, dieron por bueno a Janto y sus discípulos el precio de Esopo y, despidiéndose, se retiraron.

28. Esopo seguía detrás. Era el momento más abrasador del día; el sol estaba en su cénit y el camino desierto por el calor. Janto, tras remangarse la ropa, empezó a orinar a la vez que andaba. Habiéndolo visto Esopo se enfadó; luego, lo agarró del vuelo del manto, tiró de él y le dijo:

—Véndeme, porque a buen seguro que no vas a soportar que yo me escape.

—¡Esopo! ¿Qué te ha pasado? —preguntó Janto.

—¡Véndeme! —dijo Esopo—. No puedo servirte.

Janto le dijo:

—El que te ha traído, sin duda, es uno de los que acostumbran a echar a perder con calumnias casas bien fundadas; alguno, tras hablarte, me ha calumniado, tratándome de ser malo con los esclavos o de borracho, pegón, glotón o irascible. No hagas caso de las calumnias. La calumnia, agradable de oír, provoca enfados inútiles; así, desde luego, están los indicios tocante a mi persona.

Esopo contestó:

—Una meada te ha calumniado, Janto. Pues cuando tú, el propio amo, que no tiene miedo a nadie, ni que al entrar en casa vas a probar los golpes, ni tampoco tienes que aguantar el castigo de las cadenas o de algo peor, sino que, teniendo potestad sobre ti mismo, no has dado siquiera media hora de descanso para unas necesidades físicas, al contrario, te has meado sobre la marcha, ¿qué otra cosa puedo hacer yo, que soy un esclavo, sino responder que, sin duda, habrá que cagar corriendo?

—¿Por eso te has inquietado? —dijo Janto.

—Desde luego que sí.

—Quería evitar tres cosas bien sencillas, cuando me he meado sobre la marcha —respondió Janto.

—¿Cuáles son? —preguntó Esopo.

—Lo caliente que está el suelo, lo apremiante del mear y el ardor del sol —alegó Janto.

—¿Cómo?

—Ves que el sol está en su punto más alto y que con el calor la tierra abrasa; me orino cuando se me han juntado que el suelo hirviendo me quema los pies y que las ganas de orinar me suben hasta las narices y que el sol me inflama la cabeza. Por querer evitar estas tres cosas me he meado sobre la marcha.

—Me has convencido —dijo Esopo—, bien pensado. Sigue andando entonces.

—No sabía que había comprado yo al amo de sí mismo —exclamó Janto.

29. Cuando llegaron a la casa le dijo Janto:

—Esopo, como mi mujer es escrupulosa, espera ante la puerta hasta que te anuncie a ella, para que no vea de pronto tu fealdad y, reclamando la dote, salgo corriendo.

Le dijo Esopo:

—Si tú estás a las órdenes de tu mujer, vete y hazlo en seguida.

Así pues, una vez dentro, dijo Janto:

—Señora, ya no me puedes murmurar ni decir que te sirven mis esclavos. Mira el que yo te he comprado.

Dijo la mujer de Janto:

—Te doy las gracias, señora Afrodita, eres grande; verdaderos son tus sueños. Puesto que mientras dormía, al punto vi un sueño en el que me habías concedido en gracia la compra de un esclavo bellísimo [11].

---

[11] Tanto aquí como en el episodio de las esclavas, cuando porfían por la posesión de Esopo, aparece el tema erótico, cf. Introd., II, 4.

—Aguarda, señora —dijo Janto—, la hermosura que jamás has visto al natural; paso por alto, al decir esto, a Apolo, a Endimión o Ganímedes [12].

Las esclavas se rieron y una de las niñas dijo:

—¡A mí el amo me ha comprado un hombre!

—¡No, a mí! —añadió otra—, pues yo lo he visto en sueños.

—Otra podrá estar más segura —terció una.

—¿Entonces, eres tú la más segura?

—¿Lo eres tú?

30. Y empezaron a pelearse. La mujer de Janto dijo: [13]

—¿Dónde está lo que has aludido con toda esta loa?

—Señora, delante de la puerta —repuso Janto—. Es una regla de educación no entrar en una casa extraña sin haber sido llamado. Me ha seguido y espera ante la entrada hasta que se le llame.

Dijo la mujer de Janto:

—Que vaya una a llamar al recién comprado.

---

12 Apolo, Endimión y Ganimedes son tomados como los modelos máximos de belleza corporal. Aparte del caso de Apolo, cuya belleza es un atributo tradicionalmente conocido, los otros dos personajes mitológicos están frecuentemente relacionados con la hermosura en la literatura grecolatina. Endimión, objeto de genealogías diversas según los autores, es representado como un joven pastor de gran belleza del que se enamoró vehementemente Selene, la Luna. Por su mediación, Zeus prometió a Endimión la realización de un deseo. Este solicitó dormir un sueño eterno, con lo que permaneció eternamente joven. Ganimedes, perteneciente a la estirpe troyana de Dárdano, mereció, por su extrema belleza, que Zeus, enamorado de él, lo raptara y condujera al Olimpo, donde sirvió de escanciador al padre de los dioses.

13 Perry no señala el comienzo del capítulo 30, quizá por omisión involuntaria. Nosotros lo situamos aquí, tomando como base el inicio del mismo capítulo en la recensión W.

Una, que era lista, mientras las demás muchachas se peleaban, dijo para sí: —Yo salgo ahora y me hago novia de él antes que las demás. Se adelantó y dijo:

—¿Dónde está el recién comprado?

Esopo se volvió y dijo:

—Aquí, esclava.

—¿Eres tú el recién comprado? —preguntó ella.

—Yo soy —contestó Esopo.

—¿Dónde tienes el rabo? —preguntó la moza.

Esopo miró a la esclava y comprendió que se había burlado de él como si fuera un mono. Dijo entonces:

—No tengo el rabo detrás, como tú sospechas, sino delante.

—Aguarda ahí —dijo la esclava—, no entres y echen a correr todos al ver este monstruo.

Volvió a entrar y, al ver que todavía estaban peleándose sus compañeras, dijo:

—¿Por qué no prendo fuego a vuestras Musas, chicas? ¿Por qué os pegáis por ese hombre? Ved primero su belleza.

Salió una y dijo:

—¿Dónde está el señor, el que se acaba de comprar, hermoso mío?

—Aquí —respondió Esopo.

La esclava exclamó:

—¡Que Afrodita dé su merecido a tu horible persona! ¿Por tu culpa me he peleado, basura? ¡Maldito seas! ¡Ven aquí dentro! y no te me pegues, ve lejos de mí.

Esopo entró y se detuvo frente a la señora de la casa.

31. La mujer de Janto, cuando vio la repugnante figura de Esopo, se volvió a Janto y le dijo:

—¡Aaay, Janto, qué astutamente, sabia y adecuadamente has actuado! Querías tomar otra mujer y no te atrevías a decirme a la cara: «Vete de mi lado». A sabiendas de lo escrupulosa que soy me has traído a

éste adrede, para que, incapaz de soportar el verme servida por él, me fuera con los míos dejando esta casa. Así que, devuélveme la dote, que yo me voy a largar.

—¡Ay de mí —dijo Janto dirigiéndose a Esopo—. Palabras viperinas me dijiste por mearme en el camino, mientras andaba, y ahora, ¿no le dices nada a ésta?

—Pues que se vaya con la dote al infierno —exclamó Esopo.

—¡Calla, basura! —replicó Janto—. ¿No te das cuenta que la quiero más que a mí mismo?

—¿Quieres a tu mujer? —preguntó Esopo.

—Sí, y mucho.

—¿Así que, quieres que se quede?

—Sí quiero, desgraciado.

—Te responderé como lo deseas.

Esopo, entonces, abriéndose de piernas, en medio de todos, gritó:

—¡Si Janto el filósofo está dominado por su mujer, mañana haré saber ante los que lo oigan qué basura despreciable es él!

—Bien, Esopo —dijo Janto.

32. Esopo dijo a la señora:

—Mujer, esto es lo que quieres para ti: que tu marido salga a un sitio cualquiera para comprarte un esclavo, de edad adecuada, hermosísimo, guapísimo, de ojos preciosos, rubio.

—¿Para qué? —preguntó la mujer de Janto.

—Para que el esclavo guapo —repuso Esopo— te siga al baño, y luego el esclavo guapo quite de tu cuerpo tus ropas, y luego, el esclavo guapo, al salir tú del baño te eche por encima el vestido de tela fina y, sentándose a tu lado, te calce los zapatos y juegue luego contigo y te vea a ti como algo agradabilísimo, comprado a precio de plata, y luego, tú le respondas con una sonrisa y, viendo al muchacho, te pongas cachonda y les llames al

dormitorio para que te dé un masaje en los pies y después, tú, aturdida, lo arrastres contigo y lo beses dulcemente y hagas lo que te convenga con una desmesura vergonzosa, de manera que el filósofo se sienta avergonzado y burlado. ¡Bien, Eurípides! Había que haberte cubierto de oro la boca cuando exclamabas:

Temible es la furia de las olas marinas,
temible el hálito de un río y del fuego ardiente,
temible la miseria, temibles mil otras cosas más,[14]
salvo que no hay desgracia más temible que una mujer.

Tú, siendo la prudente mujer de un filósofo, que quiere verse servida por esclavos hermosos, le procuras una injuria desmedida y un inmenso desprecio. Tú me pareces querer follar y no haces lo propio por miedo a que yo te haga ver la cólera de un hombre recién comprado, grandísima puta.

—¿De dónde me has sacado esta desgracia? —dijo la mujer de Janto.

A lo que Janto añadió:

—Y además de haberte dicho esto, señora, cuida que no te vea cagando o meando, porque a la vista de ello Esopo sería de claro como un Demóstenes.

—¡Por las Musas! —dijo la mujer de Janto— terriblemente impulsivo y astuto me parece el esclavo. Bueno, estoy cambiando de opinión sobre él.

—¡Esopo! —dijo Janto—, la señora ha cambiado de opinión sobre ti.

—¡Gran cosa! —respondió Esopo— si he calmado a una mujer con un susto.

—¡Menudo trásfuga! —dijo Janto.

---

[14] EURÍPIDES, *Fr.* 1059, ed. NAUCK.

33. Dijo la mujer de Janto:

—Esopo, es evidente que por lo dicho eres locuaz, pero yo me he equivocado con el sueño; pues yo creía que me iban a comprar un esclavo guapo y tú, en cambio, eres espantoso.

—No te extrañes, señora —respondió Esopo— por haber patinado con el sueño, porque no todos los sueños son verdad. Pues Zeus agració con la mántica al jefe de las Musas cuando se lo pidió, de manera que sobresalía sobre todos los que se dedican a los oráculos. El jefe de las Musas, al ser admirado por todos los humanos, creyó que superaba en inteligencia a todos los demás dioses y se convirtió en el más fanfarrón de todos. Por ello, quien es más grande que él [15], se irritó y no consintió en que ese tuviese tanto poder entre los hombres. Fabricó Zeus unos sueños verdaderos que, mientras se duerme, decían lo que iba a suceder. Cuando el capitoste de las Musas descubrió que nadie iba a tener necesidad de él por causa de la mántica, imploró a Zeus que se reconciliara con él y no le anulara el don de la profecía. Zeus se reconcilió con él y fabricó así otros ensueños para los hombres, de forma que les enseñasen cosas falsas mientras dormían, para que, al verse equivocados sobre su exactitud, recurrieran de nuevo a la facultad profética originaria. Por esta razón, si se presenta previamente una visión, descubre que es verdad lo soñado. Así que, entonces, no te asombres porque hayas visto en sueños una cosa y luego haya salido otra, pues no era de los primeros el que tú has visto, sino que a ti se te ha presentado uno de los falaces, engañándote con falsos ensueños.

34. Janto, tras alabar a Esopo y apreciar su sensatez y lo ingenioso de sus razonamientos, dijo:

[15] Es decir, Zeus, superior a Apolo.

—Esopo, coge un saco y sígueme para comprar verduras de la huerta para cocer.

Esopo se echó el saco al hombro y le siguió. Janto, cuando llegó en compañía de Esopo a la huerta, se encontró con el hortelano y dijo:

—Dame verdura para cocer.

El hortelano agarró la hoz y cortó repollos, acelgas, espárragos pericos y demás hierbas de condimento, hizo un fardo sencillo y se lo dio a Esopo. Janto abrió la bolsa y dio el dinero por las verduras.

35. El hortelano dijo:

—Esto, ¿para qué, maestro?

—El precio de las verduras —dijo Janto.

—¿Y a dónde me lleva ese dinero? —contestó el hortelano—. Tanto la huerta como lo que hay plantado te produce una miseria. Considérame tan sólo digno de una palabra.

—¡Por las Musas! —repuso Janto—. No voy a coger ni el dinero ni la verdura si no me dices antes para qué te pueden servir mis palabras siendo tú un hortelano; porque no soy ningún artesano, ni un herrero para hacerte una azada o un escardillo, sino que soy un filósofo.

—Me podrás servir de mucho, amo —dijo el hortelano—; pues ando preocupado por una pequeña cuestión y no puedo dormir por las noches, pensando y buscando por qué la tierra la cavo, la riego, le dedico mucho cuidado y crece más deprisa lo silvestre de la tierra que lo plantado por mí.

Janto, después de escuchar una cuestión propia de un filósofo y sin posibilidad de resolverla enseguida, dijo:

—Todo se rige por la divina providencia.

36. Esopo, que estaba detrás de Janto, soltó una carcajada.

—¡Esopo! —dijo Janto—, ¿te ríes o te burlas?

—¡No de ti! —contestó Esopo.

—Pues, ¿de quién? —preguntó Janto.

—Del maestro que te enseñó —replicó Esopo.

—Maldito —dijo Janto—, ofendes a toda Grecia, pues he estudiado en Atenas con filósofos, oradores y gramáticos. ¿Es que acaso te está a ti permitido entrar en el Helicón de las Musas? [16].

Insistió Esopo.

—Si nada tienes que decir, hay que reírse de ti.

—¿Pero es que el problema tiene otra solución? —repuso Janto—. Porque las cuestiones de la naturaleza, gobernadas por la divinidad, es imposible que los filósofos puedan investigarlas. ¿Acaso puedes tú resolverlo?

—Espera, que lo voy a resolver —dijo Esopo.

37. Janto, confundido, le dijo:

—¡Listo!, es absurdo que yo, que he hablado ante auditorios tan importantes, hable ahora en los huertos, así que sígueme.

Al marcharse, Janto explicó al hortelano:

—Tengo un esclavo muy instruido, este que nos acompaña, habla con él y te resolverá el problema.

—¡Mira éste! —exclamó el hortelano—, ¿sabe las letras esta tiña?

Esopo se sonrió y dijo al hortelano:

—Como tú, desgraciado.

—¿Desgraciado yo?

—¿Acaso no eres un hortelano? —inquirió Esopo.

—Sí —contestó.

[16] Quiere decir que si está en posesión de todo el saber, el cual sólo las Musas lo dispensan.

—¿Y te irritas, entonces, al oír que te llamo desgraciado, si eres un hortelano? Así, que buscar saber por qué motivo cuando plantas en la tierra, cavas, riegas y tienes mucho cuidado, dices que crecen más deprisa las plantas silvestres, que crecen solas de la tierra, que las que tú cuidas... [17].

38. ...

... [18] para que no me molestes haciendo más o menos de lo que se te ordena. Coge un lecito y unas toallas y vayamos al baño.

Esopo se dijo para sí:

—Los amos picajosos en lo que toca al servicio son responsables de su propia infelicidad. Yo voy a enseñarle a este filósofo, para que aprenda a cómo debe dar las órdenes.

Así que Esopo cogió lo que se le dijo, pero sin poner aceite en el lecito y siguió a Janto al baño. Janto se quitó la ropa y se la dio a Esopo diciendo:

—Dame el lecito.

Esopo se lo dio. Janto tomó el lecito, lo volcó y se encontró que estaba vacío, y preguntó:

—Esopo, ¿dónde está el aceite?

—En casa —respondió Esopo.

—¿Por qué?

—Porque tú me dijiste: «Coge un lecito y toallas», pero no dijiste aceite —contestó Esopo—. No debo hacer nada más que lo que se me dice, porque si me salgo de lo ordenado me ganaría unos azotes.

Esopo se quedó tranquilo con esta respuesta.

[17] Falta parte del folio de *G* con la respuesta de Esopo y el hortelano. La laguna también se da en *W*.

[18] Inicia Janto el parlamento.

39. Janto se encontró en el baño a unos amigos, le mandó a Esopo que diera la ropa a los esclavos de sus amigos y le dijo:

—Esopo, vete a casa y después que se hayan majado las verduras, conforme a la manía de mi mujer, haznos un cocido [19]. Echalo en el puchero, añade agua y ponlo en el hogar, coloca debajo leña y enciéndela, si se apagara, sopla; ¿ves?, lo haces así.

—Lo haré —contestó Esopo.

Se marchó a casa y entró en la cocina, echó un garbanzo en el puchero y lo puso a hervir. Janto, después de tomar el baño con sus amigos, dijo:

—Señores, ¿podéis almorzar frugalmente conmigo?, porque tenemos cocido. No conviene juzgar a los amigos por el lujo de la comida, sino aceptarlos por su buena voluntad; ya que, en ocasiones, los exiguos bienes de quienes son amables poseen un encanto mucho más agradable, cuando el que procura su disfrute invita a él con cariño.

—Vayamos —dijeron los amigos.

40. Janto les llevó a la casa y dijo:

—Danos de beber *después del baño* [20].

[19] La escena de este capítulo y de los dos siguientes gira sobre equívocos del lenguaje. En griego es normal decir: *phakón hépsein, cocer lentejas,* utilizando un singular colectivo. Esopo entiende adrede el singular para dejar a Janto en ridículo. En la traducción, para conservar el efecto del original y mantener el juego de palabras con el singular, se ha sustituido *lenteja* por *cocido,* que es un colectivo, acompañado de *un* para mantener la anifibología, más adelante se sustituye *lenteja* por *garbanzo.*

[20] De nuevo el pasaje se basa en un equívoco. En griego *àpò tou balaneíou* es ambiguo. Janto quiere decir «después del baño», pero Esopo interpreta deliberadamente otra cosa muy distinta: «dame de beber *del* baño». Así, se burla de Janto y le obliga a ser más preciso en sus palabras. En este caso la ambigüedad no permite adaptación en castellano.

Esopo echó agua templada de la bañera en un cántaro y se lo dio a Janto.

—¿Qué es esto? —dijo Janto.

—Algo de beber *del baño* —contestó Esopo.

Después, Janto, de mal humor, dijo:

—Pon la jofaina.

Esopo puso la jofaina sin agua mientras se quedaba de pie.

—¡Otra vez! ¿Qué es esto? —dijo Janto.

Esopo contestó:

—Dijiste: «pon la jofaina», no «echa agua y lávame los pies».

—Quítame las sandalias y haz eso —dijo Janto.

Luego, dirigiéndose a sus amigos, dijo:

—Señores, veo que no compré un esclavo, sino que me he mercado un maestro. Ahora puesto que lo deseáis, levantémonos y vayamos al triclinio.

41. Como la bebida se alargaba, dijo Janto:

—Esopo, ¿está el cocido?

—Sí.

—Pues dame para ver si está a punto —dijo Janto.

Esopo trajo en una cuchara un solo garbanzo y se lo dio a Janto. Probó Janto el garbanzo y dijo:

—Está bien, está en su punto. ¡Hala, ponlo!

Esopo puso un plato, echó el caldo y dijo:

—Pues comed ya que está a punto.

—¡Eh, que sólo has echado caldo! ¿Dónde está el cocido? —preguntó Janto.

—El cocido ya te lo has comido —repuso Esopo.

—¿Pero sólo has cocido un garbanzo? —dijo Janto.

—Sí, me dijiste: «haz un cocido». Una cosa es *un cocido* y otra *cocido.*

42. Janto dijo:

—Para que no parezca que estoy ofendiendo a los amigos, vete y prepara inmediatamente con vinagre las cuatro patas de cerdo que compraste.

Esopo echó las patas en la cazuela y las puso a cocer. Janto, buscando un pretexto para azotar a Esopo, se levantó y le dijo:

—Esopo, vete y trae de la despensa vinagre y échalo en la cazuela.

Mientras iba Esopo a la despensa, entró Janto en la cocina y después de sacar una pata del puchero, la escondió. Cuando volvió Esopo y vio tres patas en el puchero, comprendió que Janto le había quitado aposta una pata porque quería tener un pretexto contra él. Vio entonces en el establo de Janto un cerdo bien cebado, preparado para degollar con ocasión del cumpleaños de la mujer de Janto, en seguida, le ató el hocico con una cuerda y le cortó una pata. Luego de trincharla y chamuscarla al fuego, la echó en el puchero en lugar de la robada. Janto, sospechando que Esopo se fugara al no encontrar la pata, se levantó, salió y echó la pata en el caldero. Llegó a haber así cinco patas. Pero ni Esopo ni Janto supieron que había cinco.

43. Pasado un rato, dijo Janto a Esopo:

—¿Has cocido las patas de cerdo?

—Sí —respondió Esopo.

—Pues tráelas —dijo Janto.

Esopo puso un plato, vació el puchero y salieron cinco patas; cuando las vio, Janto se quedó lívido y preguntó:

—Esopo, ¿cuántas patas tiene un cerdo?

—De acuerdo. Aquí hay cinco y al cerdo de ahí fuera le tocan tres.

—¡Señores, éste me está volviendo loco! —exclamó Janto.

FIG. 7

Y replicó Esopo:

—Pues no tenías que haberme puesto cortapisas y yo te habría servido con procedimientos más honrados. Pero no te arrepientas amo, porque tu manera de mandar va a serte más útil que la ley; ello te enseñará a no meter la pata ante tus auditorios. Pues lo que se dice de más, por añadir o quitar, es un error de aúpa.

Janto, sin encontrar motivo para azotar a Esopo, se calló.

44. En los días siguientes, fue Esopo con Janto a las tertulias y se hizo muy conocido. Entonces, una vez, uno de sus discípulos preparó un banquete e invitó a Janto, con Esopo y a los demás discípulos. Janto le dijo a Esopo:

—Coge lo necesario para la comida y sígueme; me refiero a la cesta, la bandeja, las servilletas, la antorcha, las sandalias y si se me ha olvidado alguna otra cosa ya te lo diré.

Esopo cogió todo y le siguió. En la comida, Janto agarró unas cosas y se las dio a Esopo, que las guardó en la cesta. Janto se volvió a Esopo y le preguntó:

—¿Tienes todo lo que te he dado?

—Lo tengo —contestó.

—Pues lleva todo eso a la que es tan buena —dijo Janto.

—Lo haré.

Cuando salió, se dijo Esopo:

—Ahora es el momento de dar salida a la inquina que tengo contra el ama, porque encima que me ha comprado se burla de mí y me pone verde y porque ha tirado y pisoteado la verdura que me dio a mí el hortelano y no me dejó agradar a mi amo con ese regalo. Voy a demostrarle yo que a un criado diligente no le hace falta una mujer. Puesto que el amo me dijo: «da estas raciones a la que es tan buena», ahora verá quién es la que es tan buena para él.

45. Llegó por fin Esopo y cuando entró en la casa dejó la cesta, llamó a la mujer de Janto y enseñándole todas las raciones dijo:

—Examina, señora, si falta algo o está mordisqueado.

—Todo está bien e intacto, Esopo —dijo la mujer de Janto—. ¿Me lo ha mandado el amo?

—No —contestó Esopo.

—¿Y a quién se lo ha mandado? —preguntó la mujer.

—A la que le quiere.

—¿Y quién le quiere, esclavo?

—Aguarda un momento y verás quién le quiere.

Esopo miró entonces a una noble perra criada en casa, la llamó y dijo:

—Ven, Loba, toma.

Y la perra acudió corriendo. Esopo le dio de comer y la perra devoró todo. Esopo se volvió a donde tenía lugar el banquete y se puso detrás de Janto.

46. Janto preguntó:

—¿Qué hay, Esopo, se lo diste?

—Se lo di —respondió Esopo.

—¿Se lo comió?

—Sí, se comió todo.

—¿Y pudo comérselo todo?

—Sí —dijo Esopo— porque tenía hambre.

—¿Se lo comió con gusto? —preguntó Janto.

—Sí, se lo comió con gusto.

—¿Y qué dijo?

—No dijo nada, pero siempre te está deseando.

—Tengo que cuidar de ella —dijo Janto.

En cambio la mujer de Janto decía a sus esclavas:

—Muchachas, yo ya no puedo vivir con Janto. Que me devuelva mi dote y me marcho. Porque después que ha

preferido a la perra en vez de a mí, ¿cómo voy a vivir con él?

Así que entró en su cuarto y se quedó muy triste.

47. El rato de la bebida se prolongaba mucho y dio lugar a una larga conversación y, como suele ocurrir entre eruditos, se propusieron cuestiones variadas. Uno de los discípulos preguntó:

—¿Cómo les sobrevendría una gran perturbación a los hombres?

Esopo, que estaba detrás de su amo, dijo:

—Si resucitando los muertos reclamaran lo que es suyo.

Se produjo entonces una carcajada general y un gran murmullo entre los discípulos y dijeron:

—El esclavo que ha comprado hace poco Janto es uno más de nosotros aquí presentes.

Uno de los discípulos dijo:

—A mí me dijo un día que era una oveja marina[21].

—A veces habla por sí mismo, otras, lo que ha aprendido de Janto —añadió otro.

—Como todos vosotros —contestó Esopo.

Los discípulos dijeron a Janto:

—Por las musas, maestro, deja beber a Esopo.

Janto le dio permiso y Esopo bebió.

48. Uno de los presentes preguntó a los demás:

—¿Por qué no chilla la oveja que llevan al sacrificio y en cambio el cerdo da grandes gruñidos?

Como nadie encontraba solución a la pregunta, respondió Esopo:

—Porque la oveja tiene una leche muy aprovechable y unas lanas para hacer buenos vestidos, periódicamente se le esquila su pesado pelo y al ordeñarla vuelve

[21] Cf. cap. 24.

a sentirse a gusto, de modo que cuando se la conduce al sacrificio, sin sospechar que va a sufrir nada malo, sigue contenta y no huye al aparecer el cuchillo. Por el contrario, el cerdo gruñe mucho por eso mismo, porque no tiene lanas aprovechables ni leche. Chilla con razón al saber que lo llevan al sacrificio por lo útil de su carne.

Los discípulos dijeron:

—Está clarísimo, por las Musas.

49. Cuando se marcharon todos, Janto regresó a su casa, entró en el dormitorio y empezó a hacer carantoñas y dar besos a su mujer. Ella apostrofó a Janto diciéndole:

—No te me acerques, golfo, que estás liado con los esclavos, mejor, con las perras. Devuélveme mi dote.

—Maldita sea mi suerte —exclamó Janto—, ¿qué faena me ha vuelto a hacer Esopo?

La mujer le dijo:

—Seduce y posee a aquella, a la que mandaste tanta comida.

—¿No decía yo que Esopo me ha armado un jaleo? —dijo Janto—. ¡Que llame uno a Esopo!

50. Esopo entró y Janto le dijo:

—¿A quién le diste las raciones?

—A mi me dijiste: «dale esto a la que es tan buena» —repuso Esopo.

La mujer de Janto dijo:

—¡Yo no tomé nada! ¡Mira donde está, no lo niegues delante de mí!

—¡Mira, trásfuga, dice que no ha tomado nada! —exclamó Janto.

—¿A quién me dijiste que diera las raciones? —insistió Esopo.

—A la que es buena —dijo Janto.

—¿Pero quién es la que te quiere? —repuso Esopo.

—¿Pues quién va a ser, miserable?

—Aprende quién es quien te quiere —dijo Esopo llamando a la perra—. Ésta es la que te quiere. Porque tu mujer dice que te quiere, pero no te quiere. Y esto es prueba de ello. Porque ésta, que tú crees que te quiere, por menos de nada te está reclamando la dote y quiere abandonarte. Mientras que a la perra, desuéllala, mátala, pégala, échala y no se marchará de tu lado, al contrario, olvidándose del arrebato, volverá a ti y meneando el rabo buscará otra vez al amo. Tenías que haberme dicho entonces: «lleva esto a mi mujer» (pero no «a la que es buena»). Porque no es ésta quien te quiere, sino la perra.

Janto entonces dijo a su mujer:

—Ves, señora, que no ha sido mía la culpa, sino del trabalenguas que ha armado éste. Encontraré un buen pretexto para azotarlo y vengarte.

51. Al día siguiente, Janto invitó a sus discípulos, que ya le habían invitado a él, y dijo:

—Esopo, como he invitado a unos amigos a almorzar, ve a cocinar algo que esté bien, si es que hay algo bueno en esta vida.

Esopo dijo para sí:

—Voy a enseñarle yo a éste a no mandar bobadas.

Así que se fue al carnicero y compró lenguas de cerdos sacrificados, volvió a casa y unas las hirvió, otras las asó y otras las aderezó, el caso es que las preparó todas. A la hora señalada llegaron los invitados y Janto dijo:

—Esopo, danos algo de comer.

Y Esopo trajo para cada uno una lengua cocida y sirvió salsa de vinagre y salmuera. Los discípulos dijeron:

—Ah, Janto, también tu banquete está rebosante de sabiduría, nada hay en ti que no sea laborioso, pues de inmediato, al principio de la comida ya han puesto las lenguas.

52. Después de tomar dos o tres copas, dijo Janto:

—Esopo, danos de comer.

Esopo presentó de nuevo a cada uno una lengua asada, sal y pimienta. Los discípulos dijeron:

—Divino, maestro, extraordinario, por las Musas. Porque toda lengua con el fuego se excita y más con la salsa y la pimienta; ya que lo salado se mezcla con lo picante de la lengua para realzar lo sabroso y excitante.

Janto, después de volver a beber, dijo por tercera vez:

—Tráenos de comer.

Esopo trajo a cada uno una lengua aliñada. Los discípulos se dijeron uno a otro:

—¡Demócrito! A mí me duele la lengua de comer lenguas.

Otro discípulo añadió:

—¿No hay otra cosa de comer? Allí donde Esopo se esfuerza, nada bueno hay.

Los discípulos, al comerse las lenguas aliñadas, se sintieron con ganas de devolver. Janto entonces dijo:

—Esopo, danos de comer a cada uno otro plato.

Esopo presentó un puré de lengua. Los discípulos, que ya no podían levantar las manos, dijeron:

—Esopo es el autor de este desastre; hemos sido derrotados por las lenguas.

Janto preguntó:

—Esopo, ¿tenemos otra cosa?

—No hay nada más —respondió.

53. Janto le dijo:

—¿Que no hay nada más, maldito? ¿No te dije que «si había algo bueno en la vida, algo dulce», lo compraras?

Esopo contestó:

—Te tengo que agradecer que me llames la atención delante de unos filólogos. Me dijiste: «si hay algo bueno en la vida, muy dulce o importante, cómpralo». ¿Qué hay más útil o importante en la vida que la lengua? Aprende que por medio de la lengua se ha organizado todo saber y cultura. Sin la lengua nada hay, nada se puede dar, ni tomar, ni comprar. Por la lengua se enderezan los Estados, se precisan los decretos y las leyes. Así que, si por medio de la lengua está toda la vida organizada, nada hay más poderoso que la lengua.

Los discípulos dijeron:

—Sí, por las Musas, bien dicho. Tú te has equivocado, maestro.

Los discípulos se marcharon. Durante toda la noche se encontraron mal, aquejados de diarrea.

54. Al día siguiente, los discípulos se lo reprocharon a Janto, éste les dijo:

—Filólogos, no fue mía la culpa, sino de ese esclavo inútil, Esopo. ¡Hala!, hoy os volveré a dar una comida y le daré las órdenes delante de vosotros.

Entonces llamó a Esopo y le dijo:

—Puesto que te ha dado por parlotear por todos lados, vete al mercado y si hay algo podrido, lo que esté peor, cómpralo.

Esopo lo oyó sin inmutarse, se fue a la carnicería y volvió a comprar todas las lenguas de cerdos sacrificados, volvió y las preparó para la comida. Llegó Janto a casa con sus discípulos y se tumbó con ellos a la mesa. Después de beber primero algo, dijo:

—Esopo, danos algo de comer.

Esopo sirvió a cada uno una lengua en salazón con salsa de vinagre y salmuera. Los discípulos comentaron:

—¿Qué es esto, otra vez lenguas?

Janto se quedó lívido y los discípulos se dijeron:

—Igual quiere arreglarnos con vinagre el estómago de la diarrea de ayer.

Luego de beber un par de veces, dijo Janto:

—Danos algo de comer.

Esopo sirvió a cada uno una lengua asada. Los discípulos exclamaron:

—¡Ah! ¿Qué es esto? ¿El imbécil de ayer vuelve a ponernos malos con las lenguas?

55. —¿Qué es esto otra vez, desgraciado? —dijo Janto—. ¿Por qué has comprado esto? ¿No te dije: «vete al mercado y lo que peor encuentres, lo que esté podrido, cómpralo»?

Esopo se explicó:

—¿Qué mal no hay que no venga por culpa de la lengua? Por la lenga hay odios, por la lengua hay insidias, engaños, peleas, celos, discordias, guerras. Así que, nada hay peor que la maldita lengua.

Uno de los discípulos, asistentes al banquete de Janto, dijo:

—Maestro, si te fías de éste, te va a volver loco. Porque su espíritu es como su físico. Ese esclavo insultante y pérfido no vale ni un óbolo.

Esopo le contestó:

—Calla, discípulo, tú sí que me pareces ser sumamente pérfido, tú, que no tienes la manera de Janto y que por lo bajo enciendes con chispas la cólera del amo y excitas al amo contra el criado. Esta no es la manera de conducirse una persona que se ocupa de sus cosas, sino la de un entrometido, el meterse en los asuntos ajenos.

56. Janto, buscando un pretexto para azotar a Esopo, le dijo:

—Esopo, cuando lo necesito, cultivo también la filosofía para mi propio esclavo, has llamado entrometido

a mi amigo; demuéstrame, pues, si el hombre es un entrometido.

—Pues es muy entrometido —replicó Esopo—, porque muchas personas al comer y beber lo de los demás, se meten donde no les importa, mientras que algunos otros, al hacer memoria de sus propios defectos, no se mezclan en los de los demás.

Respondió Janto:

—Pues si dices que el hombre no es un entrometido, te daré otra orden y anularé la que te di antes. Mañana, organizará otro el banquete y tú, después de marcharte, me vas a invitar a la comida a una persona que no sea entrometida. Y si se mete en algo que no le importe, a la primera callaré, la segunda la perdonaré, pero a la tercera, te haré desollar y tendrás tu merecido.

57. Esopo escuchó lo que le dijo Janto, al día siguiente se fue a la plaza y buscó una persona que no fuera entrometida[22]. Cuando llegó a la plaza encontró que se había entablado una pelea y había mucha gente congregada. Y encontró, en uno de los lados, a uno que estaba sentado y leyendo. Esopo se dijo para sí:

—Llamaré a éste, parece que no es entrometido y me libraré de la paliza.

Así que, se acercó a él y le dijo:

—¡Oye, tú eres la persona ideal! Janto, el filósofo, enterado de tu mansedumbre, te invita a comer.

Éste le respondió:

—Iré, me encontrarás delante de la puerta.

Esopo se marchó y preparó la comida. Janto le preguntó:

[22] A partir de aquí y hasta el principio del cap. 59 lo que falta fue arrancado del códice *G*, suplimos la laguna con la traducción del texto de *W*.

—Esopo, ¿dónde está la persona que no es entrometida?

—Delante de la puerta está —respondió Esopo.

A la hora convenida le hizo entrar y se reclinó junto con los amigos.

58. Janto mandó que se diera, primero al huésped, vino con miel. Éste dijo:

—No, señor. Bebe tú primero, luego tu mujer y después, nosotros, tus amigos.

Janto hizo una seña a Esopo, como diciendo «primera intromisión», pues de alguna manera se mostró entrometido. Se sirvió luego una fuente de pescado y Janto se descolgó con lo siguiente:

—Yo, que he dado tantos condimentos, se me ha chafado la comida, porque no hay ni especies, ni aceite, ni ajilimójili. ¡Que se azote al cocinero!

El huésped dijo:

—Calma, señor, nadie tiene la culpa, todo está bueno.

Janto hizo un nuevo guiño a Esopo, como diciendo: «mira la segunda». Se trajo luego un pastel con mucho sésamo. Janto lo probó y dijo:

—Llama al pastelero. ¿Por qué el pastel no tiene miel ni pasas?

El huésped añadió de nuevo:

—Señor, también el pastel está bueno, nada le falta a la comida. No pegues en balde a los esclavos.

Janto volvió a hacer una seña a Esopo, dándole a entender «mira, la tercera».

—¡Qué le voy a hacer! —dijo Esopo.

Cuando se levantaron de la mesa, Esopo fue colgado y azotado. Janto le dijo:

—Tienes bastante con esto y si no me invitas a una persona que no sea entrometida, te ataré y te haré pedazos.

59. Al día siguiente, salió fuera de la ciudad[23]. Entonces, vio a un hombre con aspecto de campesino, pero de modales urbanos, que llevaba un borriquillo cargado de leña, que evitaba el trato con la gente e iba hablando con el burro. Esopo se fijó en este hombre preocupado de lo suyo, nada entrometido por tanto y le siguió. El campesino, montado en el burro, le decía a medida que andaban:

—¡Arre! Para que lleguemos deprisa y se pueda vender la leña a doce ases, tú te llevarás entonces dos en hierba y yo otros dos para mí, los ocho restantes los guardaremos para cuando hagan falta, no sea que venga una enfermedad o una súbita tempestad nos deje sin recursos. Porque si hoy comes cebada y luego te sobreviene algo adverso, no podrás comer ni hierba ni cebada.

60. Esopo, al oír esto, dijo para sí:

—¡Por las Musas! ¡Sí que este hombre me parece que no es entrometido! Me acercaré a él.

Luego que estuvo a su lado, le dijo:

—¡Salud, abuelo!

El campesino correspondió al saludo. Esopo le preguntó:

—¿Cuánto vale la leña?

—Doce ases —contestó el hombre.

Esopo se dijo:

—Es cierto, la vende por lo mismo que pensaba. Abuelo, ¿conoces a Janto, el filósofo? —preguntó luego.

—No, hijo —dijo el campesino.

—¿Por qué? —preguntó Esopo.

—Porque no soy entrometido; sin embargo, oigo hablar de él.

—¡Que la suerte sea contigo! Yo soy esclavo suyo —dijo Esopo.

[23] Se vuelve al texto de *G*.

—¿Es que te he preguntado yo si eres esclavo o libre? ¿Qué me importa a mí eso? —le dijo el campesino.

Esopo le contestó:

—De verdad que eres prudente. Abuelo, tu leña está comprada. Lleva el burro a casa de Janto.

—Pero no sé dónde está la casa —dijo el campesino.

—Sígueme y lo sabrás.

61. Esopo lo llevó a la casa, descargó la leña y le pagó diciéndole:

—Abuelo, mi amo te pide que comas con él. Así que, deja el burro en el patio que ya se le atenderá.

El campesino entró al banquete y no se preocupó de por qué motivo se le invitaba. Así que pasó lleno de barro como estaba y con el calzado puesto. Dijo Janto:

—¿Es éste el que no es entrometido?

Janto, viendo que Esopo proclamaba ampliamente las excelencias del campesino, preguntó a su mujer:

—Señora, ¿quieres que demos una lección a Esopo?

—Me encantaría —contestó la mujer.

—Haz como te digo —dijo Janto—, levántate y ofrece la jofaina al huésped como si tuvieras que lavarle los pies. Entonces, él descubrirá tu rango dándose cuenta de que eres la señora de la casa y no te dejará, sino que te dirá: «Señora, ¿no hay un esclavo para que me lave los pies?». Entonces quedará como un entrometido y Esopo sufrirá su castigo.

La mujer de Janto, por el odio que tenía a Esopo, se ciñó una toalla, se echó otra por los hombros y ofreció la jofaina al huésped. El huésped se dio cuenta de que era la dueña de la casa y dijo para sí:

—Janto es un filósofo; si hubiera querido habría ordenado que un esclavo me lavara los pies, pero, si por hacerme un honor, ha obligado a su propia mujer a lavarme los pies, no puedo yo hacer un desprecio, así

que no voy a meterme en nada, al revés, ofreceré los pies y dejaré que me los laven.

Una vez lavado se apoyó en el triclinio.

62. —¡Por las Musas, sí que es prudente! —comentó Janto.

Mandó en primer lugar que dieran de beber vino con miel al huésped. Éste pensó:

—Primero deben beber los señores de la casa, pero por concederme este honor, el filósofo ha ordenado que me den de beber a mí el primero, así que no diré nada.

Y tomando la copa bebió. Janto dio orden de que trajeran la comida. Se trajo un plato de pescado. Janto dijo al campesino:

—Come.

El campesino empezó a devorar como Caribdis [24]. Janto, después de probar la comida y con la intención de provocar al campesino, para que con sus palabras se mostrara entrometido, dijo:

—¡Muchacho, llama al cocinero!

Este acudió. Janto le dijo:

—Dime, trásfuga, ¿por qué al coger lo necesario no echaste suficiente aceite, ni salmuera, ni pimienta? Desnudadlo y azotadlo.

El campesino pensó:

[24] Caribdis era un monstruo, hija de Posidón y la Tierra, que vivía en una roca del estrecho de Mesina, famosa por su gran voracidad. Robó los rebaños de Geriones que conducía Heracles y se los comió. Zeus la castigó hundiéndola en el mar, desde entonces absorbía enormes cantidades de agua del mar, tragándose con ello hasta los barcos. No lejos de Caribdis, al otro lado del estrecho, se hallaba Escila, otro monstruo también peligroso para los navegantes. Cf. *Odisea* XII 73 ss., 104 ss., 234 ss., 430 ss.

—Está bien guisado y nada falta. Si Janto está enfurecido con su propio cocinero y quiere castigarlo, no me meteré en nada.

El desgraciado cocinero fue azotado. Janto, mientras, se pensaba:

—Creo que este hombre es mudo o idiota, no habla en absoluto.

Después de la comida se trajo el pastel. El campesino, que no había visto un pastel ni en pintura, comenzó a hacer trozos cuadrados, tragándoselos como si fueran ladrillos.

63. Janto lo probó y gritó de nuevo:

—¡Que llame alguien al pastelero!

Se presentó el pastelero y dijo Janto:

—¡Maldito! Por qué el pastel no tiene miel, ni pimienta, ni piñones y además también está agrio?

El pastelero respondió:

—Señor, si el pastel está crudo échame a mí la culpa, pero si no tiene miel y se ha agriado, no soy yo el culpable, sino la señora; porque, después de hacer el pastel, le pedí miel, pero me dijo: «cuando salga del baño se la echo». Así que, se retrasó y por no coger a tiempo la miel, se pasó el pastel.

—Pues si ha sido por culpa del descuido de mi mujer, ahora mismo la haré quemar viva —replicó Janto, que dirigiéndose a su mujer dijo—: ¡Tú, señora, responde! ¡Eh, Esopo, trae sarmientos aquí dentro y haz una pira!

Esopo, después de traer los sarmintos, hizo una gran pira. Janto cogió a su mujer y la condujo al medio, mientras estaba pendiente del campesino por si saltaba ofendido y no se lo consentía.

64. El campesino ni se inmutó, al contrario, reclinado, seguía bebiendo. Se dio cuenta de que Janto lo estaba poniendo a prueba y le dijo:

—Señor, si has decidido hacerlo, espera un poco, hasta que me marche yo al campo y traiga a mi mujer, entonces, las quemaremos a las dos.

Janto, asombrado del valor de este hombre tan prudente, dijo:

—Esopo, reconozco que me has vencido; basta de jugar conmigo, déjalo ya y sírveme con buena voluntad.

—Ya no me despreciarás, amo, y conocerás el afecto de tu siervo.

65. Al día siguiente dijo Janto a Esopo:

—Ve y mira si hay gente en los baños[25].

Esopo, cuando iba por el camino, se encontró con un general. El general, que conocía a Esopo, le preguntó:

—Esopo, ¿a dónde vas?

—No sé —contestó.

—¿Te pregunto que a dónde vas y dices: «no sé»? —dijo el general. El general mandó que lo llevaran al calabozo. Entonces Esopo dijo:

—Señor, ves como tenía razón, no sabía que me iban a llevar al calabozo.

El general, perplejo, lo soltó.

66. Esopo se fue a los baños y vio una nutrida masa de gente que iba a bañarse y delante de la entrada del baño había una piedra tirada, puesta imprudentemente

[25] Algunos episodios de la *Vita* son variaciones de anécdotas de la vida de Diógenes el cínico. En concreto, este pasaje en que Esopo, cuando ha encontrado a «un hombre», se refiere a una persona inteligente y con seso. Esto es análogo al célebre episodio que nos transmite DIÓGENES LAERCIO (6.2.41), cuando Diógenes, en pleno día, va con una lucerna en la mano buscando a un hombre. Más clara es la semejanza, también en DIÓGENES LAERCIO (6.2.40), donde cuando a Diógenes que sale del baño uno le pregunta que si hay mucha gente y el filósofo responde: «Hombres, ninguno». Por lo que se refiere a la presencia de anécdotas de Diógenes el cínico en la tradición esópica, véanse fábulas en las que el protagonista es este popular personaje; cf. ESOPO, *Fábulas* 247 y 248.

y cada uno que entraba pegaba un tropezón y maldecía al que había puesto la piedra, pero ninguno la cambiaba de sitio. Esopo se asombraba de la estupidez de los que tropezaban, hasta que uno, después de tropezar, exclamó:

—¡Maldita sea la suerte del que puso la piedra aquí!

Y después de cambiar la piedra de sitio entró. Esopo volvió al lado de Janto y le dijo:

—¡Amo he encontrado una sola persona en el baño!

—¿Una sola? —dijo Janto—. Es el momento de bañarse uno a sus anchas. Lleva lo necesario para el baño.

Cuando entró Janto y vio bañándose a un gentío enorme dijo:

—Esopo, ¿no me dijiste: «he encontrado una sola persona en el baño»?

—Desde luego que sí —respondió—. ¿Ves esa piedra? estaba delante de la entrada y todos los que se están bañando tropezaron con ella, pero ninguno tuvo un gesto de inteligencia humana para cambiar la piedra de sitio. Contra todos estos que tropezaron, una sola persona, después de darse cuenta, cambió la piedra para que a quienes entraran no les pasara lo mismo. Consideré que aquél era un hombre en lugar de los demás. Así que te dije la verdad.

—Esopo no desperdicia nada para defender aquello en que se equivoca —comentó Janto.

67. Janto, después de bañarse y de pedir a Esopo que le llevara la comida, se puso a comer. Pero, por adelantar la bebida, el culo de Janto experimentó un retortijón de la natural necesidad que le obligó a retirarse. Salió también Esopo y se quedó a su lado con un paño y un sextario[26] de agua. Entonces, Janto le preguntó:

[26] El *sextario* es una medida romana de capacidad, equivalente a la sexta parte de un *congius*.

—¿Me puedes decir por qué motivo, mientras cagamos, miramos a menudo nuestra propia mierda?

Esopo le respondió:

—Porque antiguamente hubo un hijo de un rey que por molicie y placer se pasaba mucho tiempo cagando, tanto tiempo, hasta que un día no se dio cuenta y cagó su propio seso. Desde aquel día los hombres, cuando cagan, se agachan por miedo a que también ellos caguen sus sesos. Pero tú no tengas ningún agobio por esto, pues no vas a cagar los sesos porque no los tienes.

68. Volvió a entrar Janto y se dejó caer en el triclinio. Continuaba la ronda de bebida y Janto se puso un poco alegre. Y como es natural entre filósofos, empezaron a proponer problemas y cuestiones. Surgió una discusión por la exposición de problemas y empezó Janto a discutir, pero la cosa no trascurrió como en un simposio, sino como ante un auditorio. Esopo se dio cuenta de que iba a tener lugar la típica pelea y dijo:

—Dioniso, cuando descubrió el vino, hizo la mezcla en tres tazas y enseñó a los hombres cómo hay que servirse de la bebida: primero, por placer; segundo, por alegría, y tercero, por pena. Por lo cual, amo, bebiendo la taza del placer y la de la alegría, deja la de las penas a los jóvenes, puesto que tienes auditorios en los que lo has demostrado.

Janto, borracho ya, dijo:

—¿No callas, burro? ¿Eres consejero de Hades?

—Espera y vete al Hades —replicó Esopo.

69. Uno de los discípulos, viendo que Janto se irritaba, preguntó:

—Maestro, ¿le es posible todo al hombre?

—¿Quién ha empezado a discursear sobre el hombre diciendo que es capaz y apto para todo? —inquirió Janto.

El discípulo acudió al absurdo y planteó esta cuestión:

—¿Es posible que alguna persona se beba toda el agua del mar?

—Eso es fácil; yo me la bebo —dijo Janto.

El discípulo añadió:

—Y si no te la bebes, ¿qué?

Janto, vencido ya por el mucho vino bebido, dijo:

—Me lo apuesto por mi hacienda; si no puedo bebérmela, me quedaré en la indigencia.

Los presentes echaron sus anillos y aceptaron la apuesta. Esopo, que estaba a los pies de Janto, le dio con el puño en el tobillo y advirtió:

—¿Qué haces, amo? ¿No te das cuenta? ¿Cómo vas a poder beberte el mar?

—¡Cállate, basura! —dijo Janto sin darse cuenta de la apuesta que había hecho.

70. Habiéndose levantado temprano, Janto quería lavarse la cara y dijo:

—Esopo.

—¿Qué hay, amo?

—Échame agua en las manos.

Esopo cogió el sextario y se la echó. Janto se lavó la cara y al no ver su anillo, dijo:

—Esopo, ¿qué le ha pasado a mi anillo?

—No sé —respondió Esopo.

—¡Ah! —gimió Janto.

—Mira por donde, coge todo cuanto puedas de tu hacienda a escondidas y guárdala para mejor ocasión, porque tu fortuna ya no es tuya —dijo Esopo.

—¿Qué dices? —preguntó Janto.

Esopo le explicó:

—Ayer, mientras bebías, apostaste por tu hacienda que te beberías el mar y diste como prueba tu anillo.

—¿Y cómo voy a poder beberme el mar?

—Yo que estaba a tus pies te dije: «déjalo, amo, ¿qué estás haciendo?, es imposible» y no me hiciste caso.

Janto se tiró a los pies de Esopo diciéndole:

—Te lo suplico, Esopo, a ver si es posible, por tu inteligencia, encontrar un pretexto para ganar o para anular la apuesta.

Esopo le respondió:

—Ganar, no puedo, pero voy a hacer que se anule lo dicho.

—¿De qué forma? ¿Dime qué piensas? —interrogó Janto.

71. Dijo Esopo:

—Cuando venga el árbitro de la apuesta con el adversario diciendo que te bebas el mar, no digas que no, al contrario, ponte como si estuvieras borracho. Coge una mesa, ordena que la sirvan y que se presenten los esclavos. Esto dará lugar a un espectáculo; acudirá todo el mundo a verlo porque tú te vas a beber el mar. Cuando veas que está todo lleno de gente, llenas una taza con agua de mar y cuando hayas hecho venir al juez de la apuesta, di: «¿qué apuesta hice?» y él te dirá: «que te bebas todo el mar». Y tú dices: «¿nada más?», «no», te dirá. Entonces, tú pones testigos de esto y dices: «Ciudadanos, muchos son los ríos, hinchados por las lluvias e inagotables, que fluyen al mar. La única apuesta que hice fue beber el mar y no los ríos que desembocan en él. Así que, el adversario cierre las desembocaduras de los ríos, para beber únicamente el mar. Si imposible del todo es cerrar las bocas de los ríos que hay en el mundo, también es imposible que yo me beba el mar». De este modo, unido un imposible con otro imposible, se romperá la apuesta.

72. Janto se quedó estupefacto de su habilidad de ingenio, se puso muy contento y esperó. El que propuso la apuesta llegó con los notables de la ciudad ante la puerta, llamó a Janto y dijo:

—Cumple la apuesta o entrega tu hacienda.

—Da razón de la tuya —dijo Esopo— porque ya tenemos el mar medio vacío.

El discípulo le replicó:

—Esopo, vas a ser mi esclavo y no el de Janto.

—Entrega mejor tu hacienda a mi amo y no digas tonterías —respondió Esopo.

Dicho esto, mandó que trajeran un lecho y lo pusieran en la orilla, se colocó también una mesa y encima unas copas. Acudió toda la gente, llegó Janto y se echó. Entonces, Esopo se puso a su lado, llenó las copas con agua de mar y ofreció una a su amo. El discípulo murmuró:

—Maldita sea, ¿de verdad se bebe el mar?

73. Mientras Janto se acercaba la copa a su boca, dijo:

—Que venga el árbitro.

Acudió y le dijo Janto:

—¿Qué apuesta hice?

—La de beberte el mar —le respondió su discípulo.

—¿Nada más?

—No.

Entonces, dijo Janto a la concurrencia:

—Ciudadanos, sabéis que muchos son los ríos, hinchados por las lluvias e inagotables, que fluyen al mar. Yo sólo aposté beberme el mar, pero no los ríos; que mi contrincante cierre las bocas de los ríos, para que no me los beba mezclados con el mar.

El filósofo ganó y se levantó un clamor de la multitud vitoreando a Janto. El discípulo, tirándose a los pies de Janto, dijo:

—Maestro, eres grande, has vencido, lo reconozco. Te pido, por favor, que anules la apuesta.

Y la apuesta se anuló.

74. Esopo dijo a Janto:

—Amo, he salvado tu fortuna; soy digno de alcanzar la libertad.

—¿No estás a gusto? —dijo Janto— porque eso no lo pensaba yo.

Esopo se quedó triste, no por no conseguir la libertad, sino por el desagradecimiento, pero se aguantó. Entonces Janto le dijo:

.....[27].

75. Un día que Esopo estaba solo, se desnudó y frotándose las manos y agitándose, empezó a hacer el acto deshonesto, propio de los pastores[28]. La mujer de Janto, sorprendiéndole súbitamente desde la casa, preguntó:

—Esopo, ¿qué es eso?

—Me hace bien y es útil para el vientre —dijo.

Ella, cuando vio el tamaño y el grosor de su miembro, quedó cautivada y olvidándose de su fealdad, se consumió en deseos. Le llamó aparte y dijo:

—Si me haces ahora sin rechistar una cosa agradable, estarás más contento que tu amo.

Él respondió:

—Sabes que si mi amo se entera me va a pagar, con razón, con una desgracia no pequeña.

La mujer, sonriendo, dijo:

[27] El episodio que sigue, el de la proeza sexual de Esopo, falta en el códice *G* y su arquetipo. La laguna no es casual y procede de un expurgo intencionado dada la crudeza del tema. La historia se conserva en la recensión de Westermann y en la traducción latina del Lollianus. Damos la traducción correspondiente al texto de *W*.

[28] Es decir, a masturbarse. Sobre el tema sexual y erótico, cf. Introducción a la *Vita* II, 4.

—Si me haces diez veces el amor, te regalaré un manto por vestido.

—Júramelo —replicó Esopo.

Ella, ya cachonda, se lo juró. Esopo la creyó y como quería también vengarse de su amo, realizó su deseo hasta nueve veces y exclamó:

—Señora, otra no puedo.

Ésta, habiéndole sacado el gusto, le recordó:

—Si no me satisfaces diez veces, no recibirás nada.

Entonces, muy cansado, se corrió en el muslo y dijo:

—Dame el manto, porque te lo reclamo ante el amo.

Ella le contestó:

—Yo te asalarié para cultivar mi campo, pero tú te pasaste de la valla y trabajaste el del vecino. Así que, házmelo una vez más y toma el vestido.

76. Entonces, Esopo se acercó a Janto, que venía y le dijo:

—Amo, júzgame junto con mi ama.

Janto al oírlo dijo:

—¿Qué?

—Amo —repuso Esopo—, la señora iba conmigo, cuando vio un ciruelo cargado de fruto. Se fijó en una rama que estaba llena, se encaprichó y dijo: «Si eres capaz de tirarme con una piedra diez ciruelas, te doy un manto.» Con que yo disparé, acerté con una sola piedra y le conseguí las diez, pero una de ellas fue a caer al estiércol y ahora no quiere darme el manto.

Oyendo esto la mujer dijo a su marido:

—Reconozco haber recibido las nueve, pero no cuento la que cayó al estiércol, que tire, pues, de nuevo, me deje caer una ciruela y que se lleve el manto.

Esopo contestó:

—Ya no doy fruto para más.

Entonces, Janto sentenció que se le diera el manto a Esopo y le dijo:

—Esopo...[29] como estoy cansado, ven conmigo afuera, antes de que sea la hora de comer para dar una vuelta. Y a la vez, vas a sacudir el ciruelo y llevas a tu señora la ciruela que falta, para que tengas tu manto.

La mujer dijo:

—Que se haga así, señor. Yo, como has mandado, le daré el manto.

77. Janto le dijo a Esopo:

—Como soy augur[30], sal y mira delante de la puerta a ver si hay algún ave de mal agüero. Si ves posada delante de la puerta una pareja de grajos, avísame, pues es señal de buena suerte para el que lo ve.

Salió Esopo fuera y vio, por casualidad, posada una pareja de grajos ante la puerta, volvió a entrar y le dijo a Janto:

—Amo, es el momento para que salgas, porque hay posada una pareja de grajos.

—Vamos —dijo Janto.

Pero cuando salió, uno de los grajos echó a volar, el amo se adelantó y al ver uno sólo, dijo:

—Maldito, ¿no te dije: «llámame si ves una pareja de grajos»? ¿y me has avisado habiendo visto uno solo?

—Uno de ellos echó a volar —dijo Esopo.

—Ahora te has vuelto a equivocar —dijo Janto—. Desnudadle. Traed unas correas.

Fue azotado a conciencia. Aún le estaban azotando cuando llegó un esclavo de uno de los amigos de Janto para invitarlo a comer. Esopo dijo:

[29] Se reanuda aquí el texto de *G*.

[30] Otro de los múltiples rasgos culturales latinos en la *Vita Aesopi*. Los augures en Roma constituían un colegio sacerdotal cuya función era descubrir el futuro por la observación del vuelo de las aves.

—Amo, me estás azotando injustamente.

—¿Por qué injustamente? —preguntó Janto.

—Porque tú dijiste —respondió Esopo— que una pareja de grajos era una buena señal y traía buena suerte; yo vi a la pareja y cuando me llegué a anunciártelo, echó uno a volar. Tú saliste, viste un solo grajo y fuiste invitado a comer. En cambio, yo que vi a la pareja me he llevado los golpes. Con que los augurios y demás señales, son cosa vana.

Janto se asombró de esto y dijo:

—Dejadlo, no le azotéis ya.

Dicho esto se marchó a comer.

78. Salió Janto con Esopo a las afueras y se entretenía charlando con Esopo leyendo las inscripciones conmemorativas y los epitafios. Esopo se fijó en unas letras, que no formaban palabra, grabadas en un monumento: A B Δ O E Θ X. Janto preguntó qué inscripción era y qué significaba, pues se molestó mucho al no entenderlo.

—Esopo ¿qué significa? —preguntó.

Esopo, viéndolo perdido, él, con la inspiración de la gracia divina y de las Musas, dijo:

—Amo, si por lo que diga esta estela encuentro un tesoro ¿qué me darás?

El amo le oyó y dijo:

—La mitad del tesoro y la libertad.

79. Esopo, que lo oyó, cogió una buena concha, bajó los cuatro escalones del monumento, hizo un agujero en la tierra, sacó un tesoro y se lo dio a su amo, diciendo:

—Amo, dame lo prometido.

—¡Por los dioses! —replicó Janto— no te lo voy a dar, si no me dices con qué truco encontraste el tesoro. Porque es obligatorio que me enseñes la clave.

Esopo le contestó:

—Amo, quien depositó aquí este tesoro, era un filósofo. Se fijó y lo ocultó bajo un número de señales. Porque ves cómo grabó las iniciales de las palabras, pues dice[31]: A baja, B peldaños, Δ cuatro, O cava, E encontrarás, Θ un tesoro, X de oro.

—Pero ¡por Zeus! porque seas así de seguro y de listo, no vas a conseguir lo prometido.

Esopo, dándose cuenta de que se quedaba sin la promesa hecha, dijo:

—Amo, pues en consecuencia te anuncio que voy a devolver el tesoro a su dueño.

—¿Y quién es el dueño del tesoro? —preguntó Janto.

—El rey Dinisio el Bizantino —dijo Esopo.

—¿Y de dónde lo has sabido?

—Por las letras, pues ellas lo dicen.

—¿Cómo?

—Escucha lo que dicen: A devuelve, B al rey, Δ Dinisio, O lo que encontraste, E aquí, Θ el tesoro, X de oro.

80. Janto vio que tenía razón y dijo:

—Esopo, toma la mitad del tesoro y date por contento.

—No me lo des como un favor, sino como algo que debe darse y que está estipulado.

—¿Cómo?

—Las letras lo indican, pues dicen: A tomad, B marchad, Δ repartid, O lo que encontrasteis, E aquí, Θ el tesoro, X de oro.

[31] La historieta se centra en un juego de palabras intraducible. Las siglas A B Δ O E Θ X pueden tener muchas lecturas en griego, y ello se aprovecha para los equívocos de la escena. Mantenemos las letras en griego, pues es imposible en castellano adaptar las diferentes traducciones con iniciales idénticas.

—Un buen demonio eres tú —dijo Janto—. Vamos a casa para repartir el tesoro y para que obtengas tu libertad.

Cuando llegó Janto a casa, temiendo que cogiera de alguna parte el tesoro, conforme a la prescripción del rey, mandó que ataran a Esopo y lo encerraran. Esopo le dijo:

—Dame la libertad y ten tú el tesoro.

—Muy bien —dijo Janto— para que con el derecho que te dé la libertad, llegues a tener más fuerza para la acusación del rey. No me vas a convencer.

—Mira, amo, —dijo Esopo— si no me das la libertad de grado, tú mismo me la darás por fuerza.

—Estate tranquilo que no te hago ni caso.

81. Por aquellos días tuvo lugar un comicio y el pueblo se congregó en el teatro. El custodio de las leyes trajo la constitución de la ciudad y el sello público[32] y lo puso en medio diciendo:

—Ciudadanos, elegid custodio de las leyes al que queráis, para que vigile las leyes y el sello del tesoro, propiedad de la ciudad, en el futuro.

Entonces, cuando ya los ciudadanos decidieron encomendar su confianza a una persona, bajó un águila que arrebató el anillo y salió volando. Los samios, angustiados, se sumieron en una confusión enorme, por creer que se trataba de un presagio importante. Inmediatamente, convocaron a adivinos y sacerdotes para que interpretaran el prodigio. Sin embargo, ninguno pudo resolver el augurio, se levantó de entre la multitud un anciano y dijo:

—Samios, en estas circunstancias, debemos tener en cuenta quiénes se llenan la tripa con las ofrendas y se juegan convenientemente la hacienda. Ignoráis que no

[32] En forma de anillo.

es fácil explicar un presagio; puesto que si no hay alguien preparado, no se puede interpretar un prodigio. Entre nosotros está Janto, el filósofo, al que toda Grecia conoce. Pidámosle que resuelva el presagio.

Los asistentes le pidieron y suplicaron a gritos a Janto, que estaba sentado, que enjuiciara el presagio.

82. Janto se levantó en medio y como no encontraba ninguna explicación racional para hablar, se tomó un plazo para interpretar el presagio. Cuando estaba para disolverse la asamblea, bajó otra vez el águila y dejó caer el anillo en el regazo de un esclavo público. Pidieron entonces a Janto que estudiara también la explicación del segundo presagio. Él lo prometió y salió de mal humor.

83. Cuando se fue a su casa dijo:

—Necesito otra vez la ayuda de Esopo para obtener la solución del portento.

De manera que al entrar dijo:

—Llama a Esopo.

Esopo apareció atado y Janto dijo:

—Soltadle.

—No quiero que me suelten —contestó Esopo.

—Pues te suelto para que tú sueltes una cosa —replicó Janto.

—Luego me sueltas por razón de mi propia utilidad.

—Cálmate, Esopo, pon fin a tu irritación.

Después que Esopo quedó libre dijo:

—¿Qué quieres, amo?

Janto le explicó el presagio. Esopo se comprometió a ayudarlo.

84. Al día siguiente, Esopo, que quería disgustarlo, le dijo:

FIG. 8

—Amo, estoy dispuesto a responderte sobre el asunto de la cuestión; te diré que es imposible, porque no soy adivino.

Janto, que lo oyó, perdió las esperanzas y sintiéndose avergonzado ante los samios, pensó en suicidarse. Y dijo:

—Ya se ha cumplido el tiempo para la solución del prodigio y no soporto el deshonor de que, siendo un filósofo, no haya podido cumplir lo prometido.

Dicho esto, cuando llegó la noche, se procuró una soga y salió de casa.

85. Esopo, acostado en su cuarto, vio salir al amo a deshora, al darse cuenta de lo que iba a hacer, le siguió, sin guardarle resentimiento por lo del tesoro. Al verlo fuera de la puerta y debajo de un árbol tirando una cuerda y a punto de echársela al cuello, Esopo le gritó desde lejos:

—¡Espera, amo!

Janto se volvió y vio a Esopo acudir corriendo a la luz de la luna y dijo:

—Me ha pillado Esopo. ¡Esopo! ¿por qué me voy a apartar del camino que me merezco?

—Amo, —le dijo Esopo— ¿dónde está tu filosofía? ¿dónde está el orgullo de tu educación? ¿dónde tu concepto de la moderación? Quita, amo ¿así, tan a la ligera y cobardemente te has lanzado a la muerte, para perder, colgado, la dulce vida? Reflexiona, amo.

—¡Déjame, Esopo! —replicó Janto—, pues soportaré la muerte con dignidad antes que tener una vida deshonrada ignominiosamente para siempre.

—Tira la cuerda, amo. Yo me esforzaré por resolverte el presagio.

—¿De qué forma? —preguntó Janto.

—Llévame contigo al teatro —explicó Esopo— e inventa para la masa un pretexto verosímil a partir del presagio por medio del aderezo de la filosofía y preséntame a mí como discípulo tuyo. Seré invitado a hablar precisamente por eso y lo resolveré.

86. Con lo dicho, Esopo le convenció para que cambiara de opinión. Al día siguiente, fue Janto y empezó a hablar así:

—Puesto que nuestro canon de filosofía racional se ha alejado de todo tipo de medidas y además yo no soy intérprete de prodigios, ni adivino del vuelo de las aves; mas sin embargo, como fuese necesario que tuviera lugar este servicio a la ciudad, por medio del estudio de mi escuela, así, yo, por mi propio honor, puesto que soy filósofo, os voy a ofrecer un esclavo, a quien hasta tal punto me lo he vuelto a la filosofía, que os resolverá el prodigio.

Dicho esto, presentó a Esopo.

87. Los samios, viendo a Esopo, se echaron a reír y gritaron:

—¡Que se traiga otro intérprete para resolver este prodigio! ¡Qué monstruo! Es una rana, un cerdo corredor o un cántaro con chepa o el primipilario[33] de los monos, se parece a una botija o al arcón de un carnicero o a un perro en un canasto.

Esopo oyó esto, sin tener en cuenta los insultos, se armó de tranquilidad y comenzó a hablar así:

88. —Samios, ¿por qué os mofáis de mí después de mirarme fijamente? No hay que mirar la facha, sino fijarse en la sensatez. Porque es absurdo meterse con

[33] Grado de la milicia romana. El primipilario es un centurión que mandaba la primera centuria del primer manípulo de la primera cohorte. Se trata del rango más alto entre los centuriones.

la manera de pensar de una persona por la forma de su cuerpo. Ya que muchos, con un pésimo cuerpo, tienen una mente sensata. Así que, nadie, por ver menospreciada la talla de una persona, desprecie lo que no ha visto, es decir, su inteligencia. Pues ningún médico por ver al enfermo pierde la esperanza, sino que, después de palpar la herida, descubre su importancia. Por mirar alguien el barril, pero sin sacarle gusto ¿sabrá alguna vez cuál es? La Musa se pone a prueba en los teatros y Afrodita, en las camas. Por tanto, también la sensatez, en las palabras.

Así pues, los samios encontraron que sus palabras no eran igual a su aspecto y comentaron entre ellos:

—Por las Musas, sí que es ingenioso y capaz de hablar. ¡Ánimo, resuelve el presagio! —le gritaron.

Cuando Esopo notó que lo alababan, aprovechó la ocasión de tener libertad de palabra y comenzó a decir:

89. —Samios, no es posible que un esclavo elocuente interprete un presagio a los ciudadanos libres. Otorgadme, por ello, la libertad de palabra para lo que diga, para que, si acierto, reciba, como hombre libre, los honores convenientes y, si me equivoco, no me castiguéis como esclavo, sino como hombre libre. Con que, si me concedéis la posibilidad de expresarme, propia de la libertad, con entera franqueza, empezaré a hablar.

90. Los samios entonces dijeron a Janto:

—Nos parece oportuno, Janto, que des la libertad a Esopo.

—Haz libre a Esopo —dijo el prítano[34].

[34] Prítano significa *presidente* del consejo o asamblea deliberante. En Atenas, después de la reorganización administrativa de Clístenes (508-507 a.C.), la población quedó dividida en *phylai* o tribus, la *boulé* o consejo se constituía cada año por cincuenta hombres elegidos por sorteo de cada una de las diez *phylai*. Cada grupo de cincuenta servían como *prytaneis* una décima parte del año. Este período se llamaba pritanía.

A lo que Janto repuso:

—No daré la libertad a un esclavo que me ha servido perfectamente durante mucho tiempo.

El prítano, viendo que Janto se oponía a ello, dijo:

—Toma su precio y transfiéremelo, entonces, yo lo manumiteré en nombre de la ciudad.

Janto pensó que lo había comprado por setenta y cinco denarios, para que no pareciera a la gente que manumitía a Esopo por mor del dinero, se levantó allí en medio y dijo:

—Janto, por reclamarlo el pueblo de Samos, deja libre a Esopo.

91. Después de ocurrir esto, Esopo salió y dijo:

—Samios, os habéis ayudado a vosotros mismos y habéis tomado una decisión en favor de vuestra propia libertad; porque el prodigio es una advertencia de un asedio a la ciudad y de vuestro avasallamiento. Habrá antes una guerra. En efecto, quiero explicaros esto: el águila es el rey de las aves y él tiene más fuerza que las demás. Después de precipitarse volando, arrebató de las leyes el anillo del estratego y lo tiró en el regazo de un esclavo público; ello arrastra la confianza de quienes son libres al incierto yugo de la esclavitud. Así que, la solución del presagio es esta: uno de los que ahora reina querrá esclavizar vuestra libertad, anular las leyes y ratificarse en su propia fuerza.

92. Todavía estaba diciendo esto Esopo, cuando apareció un correo del rey Creso con un manto ribeteado en blanco buscando a los magistrados de los samios. Al oír que tenía lugar una asamblea, se presentó en

el teatro y entregó la carta a los magistrados. Éstos la abrieron y la leyeron. Aparecía escrito lo siguiente:

«Creso, rey de los lidios, a los magistrados, consejo y pueblo de Samos, salud. Os exijo que desde ahora mismo cedáis los asuntos de gobierno y un tributo. Si no os avenís a ello, os perjudicaré en la misma medida en que mi reino es poderoso.»

93. Los magistrados resolvieron con el pueblo prometer ceder para no arrastrar a la ciudad a semejante enemistad con el rey. Honraron a Esopo como a un auténtico adivino por el cumplimiento de la profecía y le rogaron que diera su consejo sobre si mandaban a alguien o se negaban. Esopo les dijo:

—Samios, vuestros próceres han mantenido la opinión de conceder un tributo al rey, y me preguntáis si hay que ceder o no. Si digo «no cedáis» me mostraré como un enemigo para el rey Creso.

La muchedumbre gritó:

—Da tu opinión.

A lo que Esopo respondió:

—No daré mi opinión. Os lo diré con una fábula.

94. Por encargo de Zeus una vez señaló Prometeo a los hombres dos caminos: uno, el de la libertad, y otro, el de la esclavitud. Y el camino de la libertad lo hizo en sus comienzos escarpado, de difícil salida, abrupto y seco, lleno de obstáculos[35], todo él peligrosísimo, pero al final tenía una llanura lisa, con paseos, llena de frutos en el bosque, con agua, para que se llegara al descanso de las fatigas con el final. En cambio, el camino de la esclavitud lo hizo al principio liso, cubierto de flores, con una perspectiva agradable y mucha suavidad, pero su final era de difícil salida, todo seco y escarpado.

[35] El texto se refiere expresamente al *tribólon*, especie de caballo de frisa que se disponía en los caminos para frenar a la caballería enemiga.

95. Comprendieron los samios lo que les convenía por las palabras de Esopo y unánimemente gritaron diciendo al correo que elegían el camino abrupto. El correo se marchó y mostró con claridad al rey todo lo dicho por Esopo. Creso, cuando lo escuchó, convocó a los ejércitos y mandó que se armaran. Sus amigos le animaron diciendo:

—Señor, vayamos a la isla; sometámosla y arrastrémosla hasta el Atlántico. Pongámosla como escarmiento a las demás naciones para que no se le ocurra a otra oponerse a un rey tan poderoso.

Un pariente, con su asentimiento, le dijo:

—Te juro, por tu sagrada corona, que con lo que tú mismo estás armando, no podrás hacerte dueño de los samios mientras siga vivo Esopo, el que les da los consejos. Pide por una carta que te entreguen a Esopo, diciendo: «si queréis algo en lugar de él, pedidlo y yo os lo concederé».

96. Cuando Creso oyó esto ordenó al mismo que le había dado el consejo que partiera hacia Samos, ya que no tenía ningún otro embajador más adecuado e inteligente. Inmediatamente, zarpó hacia Samos y, cuando hubo convocado una asamblea, trató de convencer a los samios de que era mejor que le entregaran a Esopo que el que se apartaran de la amistad del rey. La muchedumbre exclamó:

—Llévatelo, que se quede el rey con Esopo.

Esopo se adelantó y dijo:

—Samios, también para mí es preferible morir a los pies del rey. Pero quiero deciros una cosa, para que después de mi muerte la grabéis sobre mi tumba[36].

[36] Cf. fábulas 153 de Esopo y 93 de Babrio.

97. Hubo un tiempo en que los animales hablaban el mismo lenguaje que los hombres. Digo, que los lobos y las ovejas habían tenido una guerra entre ellos. Mientras ganaban los lobos despedazaban a las ovejas, mas cuando los perros se aliaron con las ovejas, éstos pusieron en fuga a los lobos. Perseguidos los lobos por los perros, enviaron un embajador a las ovejas. Así que, llegó el lobo, se puso en medio y como si fuera un orador, dijo a las ovejas: «Si no queréis guerrear ni que se os haga la guerra, entregadnos los perros y dormid con toda tranquilidad, sin tener ningún temor de la guerra.» Las ovejas, que eran tontas y se dejaron convencer, entregaron a los perros y los lobos los despedazaron. Después de un tiempo, los lobos se apoderaron de las ovejas. Así que, a vosotros, según la fábula, os conviene no traicionar a la ligera a quienes son honrados.

98. Los samios se dieron cuenta de que estas palabras las había dicho por ellos y retuvieron a Esopo. Pero Esopo no quiso, al contrario, se marchó con el embajador a la corte de Creso. El rey, cuando vio a Esopo, se irritó y dijo:

—Aquí está el que me impidió someter una ciudad y no dejó que recibiera tributos. Aun cuando eres una persona accesible, sin embargo, resultas un enigma y un monstruo humano.

—Señor rey, —dijo Esopo— no he sido traído a la fuerza ante ti; por mi propia voluntad estoy presente a tus pies. Sufrís lo mismo que les pasa a los heridos, ante lo doloroso de lo sucedido gritáis súbitamente. Pues bien, las heridas son la ciencia de los médicos y mi palabra curará tu cólera. Yo, si muero a tus pies, mancharé de vergüenza tu reino; pues siempre tendrás a tus amigos dándote consejos nocivos, ya que, considerando que han muerto a tus manos los que te

habían aconsejado bien, en el futuro, siempre te darán consejos contrarios a los intereses de tu reino.

99. El rey se quedó asombrado de él y sonriéndose dijo:

—¿Podrás añadir algunas palabras sobre el destino reservado a los hombres?

Y Esopo dijo:

—Hubo un tiempo en que los animales hablaban el mismo lenguaje de los hombres y había un pobre sin nada que comer que tenía que coger saltamontes, los que llaman chicharras, los salaba y los vendía al precio que quería. Capturó una vez un saltamontes y quiso matarlo. Viendo lo que le esperaba le dijo al hombre «no me mates en vano» porque no he hecho daño ni a una espiga; al contrario, con la armonía acompasada de mis alas y mis patas, canto tan feliz. Soy solaz de los caminantes. El hombre se compadeció con sus palabras y lo dejó con su madre en un lugar desierto. De la misma manera, yo también me prosterno ante tus rodillas. Ten piedad de mí; porque, ni soy poderoso como para perjudicar a un ejército, ni de tanto porte como para dar un falso testimonio contra alguien y dejar que se convenza sin razón por la hermosura de mi facha. Con un cuerpo miserable soy útil cantando la existencia sensata de los mortales.

100. Le cayó simpático al rey con sus palabras y dijo:

—Yo te perdono la vida; pide lo que quieras y te lo concederé.

Esopo le respondió:

—Haz las paces con los samios.

—Hechas están —contestó el rey.

Esopo se echó a sus pies y le dio las gracias. Luego, Esopo redactó para él sus propios discursos y fábulas,

las que había referido hasta aquel momento y las dejó en su biblioteca. Recibió del rey unas cartas para los samios en donde reconocía haber hecho las paces con ellos gracias a Esopo y cargado de muchos presentes, zarpó hacia Samos. Reunió a la asamblea y leyó las cartas del rey. Los samios, al conocer que Creso se había reconciliado con ellos por medio de Esopo, votaron honores para él y llamaron a aquel lugar Esopeo, donde él había sido transferido. Esopo hizo sacrificios a las Musas y les construyó un templo, colocó en medio de ellas a Mnemósine[37], no a Apolo. Apolo se irritó con él como contra Marsias[38].

101. Esopo pasó mucho tiempo en Samos y después de recibir muchos honores decidió recorrer el mundo. Hablaba ante los auditorios. Recibió una fortuna y después de recorrer todas las tierras, Esopo llegó a Babilonia, en la que reinaba Licurgo[39]. Después de enseñar

[37] Mnemosine es una personificación de la Memoria. Es hija del Cielo y la Tierra (Urano y Gea). Zeus cohabitó con ella nueve noches en Pieria, Tracia, y engendró a nueve hijas: las Musas. En este pasaje se alude así a las Musas de Pieria, por oposición a las del Helicón, patrocinadas por Apolo.

[38] Marsias es un sileno frigio tenido por los griegos como el inventor de la flauta doble, opuesta a la siringe o flauta de Pan. Orgulloso Marsias con su hallazgo y en la creencia de que la música de su flauta era la más bella, desafió a Apolo a producir otra música comparable. Apolo aceptó el reto bajo la condición de que el vencedor hiciera lo que quisiera con su rival. Tras el torneo, resultó ser más hermosa la música de la lira de Apolo, con lo que Marsias quedó vencido. Apolo colgó al perdedor de un árbol y lo desolló. Esta leyenda inspiró un grupo escultórico extraordinario realizado en época helenística en Pérgamo, donde se representaba a Marsias colgado, mientras un esclavo procedía a afilar la cuchilla para desollar al sileno. Fragmentos de copias de esta famosa composición escultórica se hallan en los museos de Nápoles, de los Uffici, en Florencia y en Estambul.

[39] Cf. Introducción a la *Vita* II, 3, sobre los orígenes orientales, en particular de la vida de Ahikar, para este pasaje de la «Vida de Esopo».

su filosofía se hizo muy famoso entre los babilonios, de tal manera que el rey se llegó a prendar de sus cualidades por la inteligencia que tenía y le hizo administrador.

102. En aquellos tiempos, los reyes tenían la costumbre de cobrarse entre sí tributos por medio de un combate de honor, porque no concurrían ni en guerras ni en batallas. Escribían, pues, problemas de filosofía en cartas y el que no encontraba la solución pagaba unos tributos al remitente. Esopo, como solucionaba los problemas que le enviaban a Licurgo, forzaba al rey a estar satisfecho; él mismo los mandaba a los reyes en lugar de Licurgo y como no los descubrían tenían que pagar los tributos. De esta forma prosperó el reino de los babilonios. De manera que, no sólo se adueñó de los pueblos bárbaros, sino que también la mayor parte de los pueblos hasta Grecia le quedaron subordinados.

103. Esopo conoció en Babilonia a un muchacho de noble linaje, como no tenía descendencia, lo prohijó y lo presentó al rey como heredero suyo en sabiduría. Le prodigó una educación con todo cuidado. El jovencito se dedicó a hacer el amor con una concubina del rey y estaba contentísimo retozando y abrazándola. Al verlo, Esopo se indignó profundamente y lo amenazó, diciendo que el que contraviniendo la ley ponía la mano en una pertenencia real se merecía la muerte.

104. El muchachuelo llevó muy a mal las palabras de Esopo, persuadido por sus amigos, calumnió a Esopo ante el rey, escribió una carta falsa con el nombre de aquél a los enemigos de Licurgo, como si Esopo estuviera dispuesto a ayudarles, la selló con el anillo de Esopo y se la entregó a Licurgo diciendo:

—Mira cómo conspira tu fiel amigo contra tu reino.

El rey, convencido por el sello, se encolerizó y dio orden a Hermipo, guardia personal suyo, de apresar a Esopo por traidor. Pero éste no lo detuvo porque era amigo suyo de verdad. Como nadie se cuidó de investigar si lo tenía en la cárcel, comunicó al rey que Esopo había muerto. Helios, entonces, se hizo cargo del puesto de Esopo.

105. Pasado un tiempo, oyó Nectanebo, rey de Egipto, que Esopo había muerto y envió una embajada a Licurgo con unas cartas y problemas para que los resolviera, a sabiendas de que, después de Esopo, nadie de entre los babilonios sería capaz de resolverlos. El problema era éste:

«Nectanebo, rey de Egipto, saluda a Licurgo el babilonio. Quiero construir una torre alta que no toque ni la tierra ni el cielo. Mándame a los que la construyan y a uno que pueda responder a lo que le pregunte. Recibe por mi parte el tributo de diez años[40]. Pero si no puedes responder, mándame los tributos de diez años por todas las tierras bajo tu mando.»

106. Cuando Licurgo leyó la carta se quedó consternadísimo por el súbito contratiempo. Ordenó que vinieran sus amigos, entre los que estaba Hermipo, y les dijo:

—¿Podéis resolver el problema de la torre u os decapitaré a todos?

—No sabemos cómo se puede construir una torre sin tocar el cielo ni la tierra —repusieron sus amigos.

Pero uno de ellos, que era un cobarde, respondió:

—Majestad, nosotros deseamos realizar todo lo que tú ordenas. Pero ante una cosa semejante somos incapaces y no tenemos salida. Así pues, te rogamos que nos disculpes.

[40] A partir de aquí hasta el final del párrafo hay una laguna en el manuscrito *G*, seguimos, por tanto, el texto de *W*.

El rey, encolerizado, mandó a la guardia que les quitara la vida a todos. Licurgo la emprendió a golpes con su propio rostro y empezó a mesarse los cabellos y a lamentarse por Esopo y decía mientras lloraba:

—He perdido al pilar de mi reino por mi insensatez.

Y no probó comida ni bebida.

107. Comprendió, pues, su guardia personal el apuro del rey y quiso revelar oportunamente su falta. Dijo:

—Señor, pienso que hoy es el último día para mí.

—¿Qué dices? —le preguntó Licurgo.

Y éste respondió:

—Al no haber cumplido una orden del rey, he dado refugio a mi propia desgracia.

—¿Qué secreto te guardas? —preguntó el rey.

—Esopo vive —contestó.

Cuando lo oyó, Licurgo pasó de la desesperación a ponerse muy contento y le dijo a Hermipo:

—Si es verdad que Esopo vive, sería capaz de una cosa bien ventajosa: hacer que lo que dices es tu último día sea tu salvación. Porque al guardarme a aquél has protegido mi salvación. No te dejaré sin recompensa y te llamaré salvador nuestro.

Licurgo ordenó que lo trajeran. Al presentarse Esopo sucio, con el pelo largo y pálido por el larguísimo encierro, se volvió el rey y se echó a llorar. El rey mandó que lo atendieran y, después de vestirlo, le besó.

108. Esopo, cuando se repuso, fue a besar al rey y se defendió relatando cómo le acusó en falso el hijo adoptivo y, bajo juramento, le presentó la verdad. El rey quiso prender a Helios por haber pecado contra su padre, Esopo intercedió diciendo que el que ha

muerto tiene la muerte como una excusa de su existencia vergonzosa y el que está vivo es que ha dado un giro a su propia conciencia. El rey perdonó a aquél la vida y dijo a Esopo:

—Toma, lee la carta del rey de los egipcios.

Esopo cuando conoció el problema se sonrió y dijo:

—Respóndele de este modo: «Te mandaré a los que van a construir la torre y al que responderá a las cuestiones cuando llegue el invierno.»

Tras escribir tal como dijo, Licurgo envió el mensaje a Egipto con unos embajadores y recompensó a Esopo con el cargo de administrador supremo de sus asuntos y le puso a Helios a su disposición. Esopo tomó al muchacho y le dirigió un discurso de amonestación. Empezó así:

109. —Atiende a mis palabras, Lino, hijo mío, con las que antes fuiste educado y me las devolviste con desagradecimiento. Guárdalas ahora, pues, como un tesoro que se te confía. Respeta, primero, a la divinidad, como es debido. Honra al rey, porque su poder goza de igual rango. Honra a tu maestro de la misma manera que a tus padres, porque, por naturaleza, hay que tratarlos bien y hay que devolver el doble de agradecimiento a quien ha amado por adelantado. Toma el necesario alimento cotidiano, todo cuanto puedas, para que al día siguiente estés más activo y así estés sano. Si oyes algo en el palacio real, que muera dentro de ti, para que no seas tú el que muera en seguida. Manten fidelidad a tu mujer para que no sienta el deseo de probar la experiencia de otro hombre; porque este linaje de las mujeres es liviano y cuando se ve poco adulado, piensa en hacer lo que no debe. No discursees bebido haciendo gala de tu educación, porque al caer inoportunamente en sofismas quedarás en ridículo.

Abrete camino con lo más agudo de tu lengua. No tengas celos de los que obran bien, al revés, congratúlate con ellos y participarás con ellos de su bien obrar, porque quien es envidioso, sin darse cuenta, se perjudica a sí mismo. Cuídate de tus esclavos, hazlos partícipes de lo que tienes para que no sólo te respeten como a su señor, sino para que te honren como a su bienhechor. Domina tu ánimo. Si aprendes algo fuera de lugar, no te avergüences, pues es mejor que te llamen pedante que inculto. Guárdate de tu mujer y no le des a conocer nada que no deba ser, porque al ser una especie hostil para la convivencia, sentada todo el día prepara sus armas, maquinando cómo adueñarse de ti.

110. Examina tu vida diaria con vistas a recoger lo provechoso y a atesorarlo para mañana, pues es mejor legarlo a los enemigos que, vivo, estar falto de amigos. Sé afable y sociable con los que te encuentres, porque, debes saber que el rabo procura pan al perro y la boca, palos. Enorgullécete con la mesura, no con el dinero, porque a éste, el tiempo se lo lleva y, la otra, permanece inalterable. Si eres feliz, no guardes rencor a tus enemigos, mejor es que les hagas bien, para que se arrepientan al saber que fueron injustos con un hombre como tú. Pudiendo tener piedad, no vaciles, dála en abundancia, pues sabes que la fortuna no es perseverante. Al hombre malediciente y que calumnia aunque sea tu hermano, después de probado, recházalo a tiempo, porque esto no lo hace por ser benévolo, sino que aplicará tus palabras y tus hechos contra otros. No te alegres con una fortuna grande, ni te entristezcas con una pequeña.

Dicho todo esto al jovencillo, Esopo se marchó. Lino, agobiado por haber sido injusto con él y por haber

sido fustigado por sus palabras, dejó de comer y se murió. Esopo lo enterró con toda pompa y le lloró.

111. Después de esto, hizo llamar a unos pajareros y les mandó que capturaran cuatro águilas. Una vez capturadas, les arrancó las plumas de los extremos, con las que se cree que vuelan y así, ordenó que las criaran y enseñaran a levantar niños. Cuando crecieron, podían llevar niños. Y levantándolos se echaban a volar atadas con unas cuerdas; mientras estaban atadas obedecían a los niños, llevándolos al sitio que querían. En el verano, Esopo se despidió del rey y zarpó hacia Egipto con los niños y las águilas, junto con muchos sirvientes y bagaje para asombro de los egipcios.

112. A su llegada a Menfis, se hizo saber al rey Nectanebo que Esopo estaba allí. Con gran disgusto lo oyó, hizo venir a sus amigos y les dijo:

—Señores, he sido pillado en una trampa, pues entendí que Esopo había muerto; por eso invité a Licurgo por carta.

Tras lo dicho, ordenó que Esopo bajara de la nave. Al día siguiente llegó Esopo y saludó al rey. Nectanebo mandó que todos sus generales y gobernadores se pusieran vestiduras blancas, igualmente él se echó por encima un manto de lino impoluto y se puso unos cuernos en la cabeza. Cuando se sentó en el trono mandó entrar a Esopo.

113. Al ver la impedimenta se asombró. Y dijo Nectanebo a Esopo:

—¿A quién me parezco? ¿Cómo ves a todos los que me rodean?

—Te pareces a la luna y los que te rodean, a las estrellas.

114.[41] Al día siguiente, Nectanebo, revestido de púrpura, se presentó con los suyos llevando muchas flores e hizo entrar a Esopo. Una vez que entró, le preguntó:

—¿A quién me ves parecido, a mí y a los que me rodean?

Esopo respondió:

—Tú te pareces al sol en primavera y quienes te rodean, se parecen a los frutos de la tierra, pues como rey posees el purpúreo encanto que se desprende de tu presencia y reúnes también los floridos frutos.

El rey, asombrado de su inteligencia, le entregó unos presentes.

115. Al día siguiente, Nectanebo se puso una vestidura blanca y sus amigos unas rojas, se sentó y cuando entró Esopo preguntó:

—¿A quién me parezco?

—Tú, —dijo— al sol y los que te rodean, a sus rayos. Pues así como el sol es brillante y sin mancha, tú también te has mostrado a ti mismo ante los hombres que quieren verte, eres resplandeciente como el sol y éstos, ardientes, como sus rayos.

El rey, maravillado, le dijo:

—Ocurre que Licurgo para nada es dueño del reino que pretende.

Esopo sonrió y dijo:

—No menciones su nombre a la ligera, porque Licurgo se distingue tanto como Zeus de lo que hay por el mundo. Pues éste hace aparecer el sol y la luna y equilibra las estaciones. Si quiere encolerizarse, hace temblar su propio templo y también truena de manera espantosa, relampaguea temiblemente y produce terremotos. Igualmente, también Licurgo, con el esplen-

---

[41] Falta el capítulo 114 en el códice *G;* lo suplimos con el texto que ofrece *W*.

dor de su reino, oscurece y eclipsa al vuestro. Pues con su excelencia a todo pone fin.

116. Nectanebo comprendiendo la sagacidad de Esopo y lo atinado de su lengua, le dijo:

—¿Me trajiste a los que van a construir la torre?

—Dispuestos están —respondió Esopo— tan pronto tú señales el lugar.

El rey, impresionado, marchó fuera de la ciudad con Esopo y dio las medidas para el edificio. Esopo puso en una esquina del terreno medido a las águilas y dio orden a los niños de que se montaran en las águilas y echaran a volar al cielo. Cuando llegaron arriba, gritaron:

—¡Poned el barro, los ladrillos y las vigas y todo cuanto hace falta para la obra!

Nectanebo exclamó:

—¿De dónde me has sacado unos hombres voladores?

—Pues Licurgo —replicó Esopo— tiene hombres voladores. ¿Y tú, siendo un mortal, quieres rivalizar con un rey que es igual a un dios?

—Me has vencido, Esopo, —contestó Nectanebo— Pero respóndeme a lo que te pregunto.

—Dí ¿qué quieres? —repuso Esopo.

117. Dijo Nectanebo:

—Me hice traer de Grecia unas yeguas muy prolíficas, pero si oyen relinchar a las yeguas de Babilonia, abortan.

Esopo le dijo:

—Mañana te daré la respuesta de esto.

Cuando se fue Esopo a su casa, mandó a los suyos que le cogieran un gato vivo. Cazaron uno enorme y

empezaron a azotarlo en plena calle...[42]. Los egipcios al verlo corrieron a casa de Esopo y se quejaron a gritos. Esopo, ordenó que soltaran al gato. Fueron los egipcios a quejarse a gritos de Esopo ante el rey. Y éste mandó llamar a Esopo, cuando entró, le dijo:

—Has hecho mal, es una imagen de la diosa Bubastis[43], a la que adoran los egipcios.

118. Esopo alegó:

—Pues se portó mal con Licurgo esta noche; porque tenía un gallo joven y de pelea que, además, le daba las horas y el gato lo ha matado esta noche.

—¿No te da vergüenza mentir tan a las claras? —preguntó Nectanebo— ¿pues cómo pudo un gato ir en una noche de Egipto a Babilonia?

Y contestó Esopo:

—¿Cómo pueden las yeguas de aquí oír relinchar a las mías y abortar?

El rey, viendo su inteligencia, sintió miedo, no fuera que por quedar derrotado tuviera que pagar los tributos al rey Licurgo.

119. Inmediatamente hizo venir a los profetas de Heliópolis, expertos en cuestiones físicas. Éstos hablaron con el rey sobre Esopo y les invitó a ir a una comida con Esopo. Así que, a la hora convenida acudieron y se reclinaron para comer. Entonces, uno de los heliopolitanos dijo a Esopo:

—Nosotros hemos sido enviados para exponerte unas preguntas de la divinidad para que tú las resuelvas.

---

[42] Esta última frase corresponde al texto de la recensión *W*, pues hay una laguna en *G*.

[43] Bubastis es una divinidad local, con cabeza de gato, de la ciudad egipcia de Bubastis. En principio, identificada con Isis, los griegos, por su parte, la identificaron con Artemis. Existió un templo de Bubastis en Menfis. Para la descripción del culto a esta diosa, cf. HERÓDOTO, II 60.

—Exponed las vuestras propias y las del dios —dijo Esopo—, porque, tratándose de un dios, conviene saber la intención de cada uno. ¡Hala, decid lo que queráis!

120. Éstos dijeron:

—Hay un templo y una única columna y, encima de la columna, doce ciudades y cada una de ellas está cubierta por treinta vigas y, alrededor de cada una de ellas, corren dos mujeres.

Esopo les contestó:

—Este problema en mi tierra lo resuelven los niños. El templo es el mundo, porque lo contiene todo; la columna es el año, porque es lo que está fijo de manera inalterable; las ciudades que hay encima, son los doce meses, porque permanentemente están regidas por ellos; las treinta vigas son los treinta días, el tiempo que comprende el mes, y las dos mujeres que dan vueltas son el día y la noche, pues uno sigue al otro[44].

Después de esto se levantaron del banquete.

121. Al día siguiente, el rey Nectanebo reunió al consejo de los suyos y dijo:

—Veo que, por culpa de este ser repugnante y maldito, tengo que mandar los tributos al rey Licurgo.

Uno de sus amigos le dijo:

—Preguntémosle un problema, digamos «¿qué es lo que ni hemos visto ni oído?» y lo que sea, si lo adivina con su imaginación, diremos que lo hemos oído y visto y viéndose pillado con esto, le habremos vencido.

El rey se puso muy contento al oírlo, creyendo que había encontrado su triunfo. Cuando Esopo estuvo presente, le dijo el rey Nectanebo:

[44] Aquí existe un matiz intraducible en castellano. En griego es posible comparar con dos mujeres el día y la noche, porque ambas palabras son femeninas.

—Explícame aún una cosa y te entregaré los tributos para Licurgo. Dinos lo que nunca hemos visto ni oído.

Esopo respondió:

—Dame tres días y te responderé.

Cuando salió del palacio, reflexionó Esopo consigo mismo: «Lo que quiera que le diga contestarán que lo han visto.»

122. Esopo, que era muy astuto, se sentó y falsificó una escritura de préstamo, por la que se le habían prestado a Nectanebo, por parte de Licurgo, mil talentos de oro e hizo constar una fecha vencida después de la concesión. Pasados los tres días, Esopo se presentó al rey Nectanebo y lo encontró con sus amigos a la espera de que no pudiera resolver el problema. Esopo presentó el manuscrito y dijo:

—Leed este documento.

Los amigos del rey Nectanebo, fingiendo, dijeron:

—Eso lo hemos visto y oído muchas veces.

Entonces Esopo añadió:

—Saludo a los testigos. Que se devuelva al instante el dinero, porque venció el plazo del pago.

El rey Nectanebo, que oyó esto, dijo:

—¿Cómo sois testigo de lo que yo todavía no debo?

—Jamás vimos ni oímos nada —replicaron ellos.

Esopo, entonces, les dijo:

—Si os parece bien así, el problema está solucionado.

123. Nectanebo se dirigió a Esopo y le dijo:

—Bienaventurado Licurgo por poseer una sabiduría tal en su reino.

Y entregándole los tributos de tres años le despidió con unas cartas de paz. A su llegada a Babilonia, Esopo contó a Licurgo todo lo que se había hecho en Egipto y le hizo entrega del dinero. Entonces, Licurgo dedicó

a Esopo una estatua de oro al lado de las de las Musas y el rey hizo una fiesta grandísima en honor de la sabiduría de Esopo.

124. Esopo se despidió del rey porque quería marcharse a Delfos, pero le juró que regresaría a su lado, a Babilonia y que pasaría allí el resto de su vida. En su paso por las diversas ciudades enseñaba su sabiduría y sus conocimientos. Llegó a Delfos y comenzó allí sus explicaciones en público. La gente, al principio, le escuchaba con agrado, pero no le hacía caso. Como vio Esopo que las personas tenían el mismo color de piel que las hortalizas, les dijo:

—*Cual el linaje de las hojas, tal es el de los mortales*[45].

125. Además, también les provocó diciendo[46]:

—Delfios, sois iguales a un madero que flota en el mar; pues cuando lo vemos a mucha distancia flotar sobre las olas creemos que es algo importante pero, después, al acercarnos a él y llegar a su lado, encontramos que es pequeño y que no vale la pena. Del mismo modo, yo, cuando estaba lejos de vuestra ciudad, estaba admirado con vosotros, creyendo que érais ricos y grandes de espíritu. Pero al veros, me he equivocado, encuentro que sois inferiores a los demás hombres, tanto en raza como en ciudad; tenía sobre vosotros una impresión vana. Pues nada indigno hacéis de vuestros padres.

126. Cuando oyeron esto los delfios le dijeron:

—¿Quiénes son nuestros padres?

—Unos esclavos —respondió Esopo— y si no lo sabéis aprendedlo. Tenían una antigua ley los griegos para

[45] *Ilíada* VI 146.

[46] Cf. fábula 177 de Esopo.

que, si tomaban una ciudad, se mandara la décima parte del botín a Apolo, es decir, de cien bueyes, se mandaban diez, de cabras, lo mismo e igual de todo lo demás, de dinero, de hombres, de mujeres. De éstos sois vosotros descendientes, gentes sin libertad, iguales a cautivos. Por venir de aquéllos, os habéis convertido en los esclavos de todos los griegos.

Por decir esto se le expulsó de la ciudad.

127. Los magistrados, al ver la injuria que les había hecho, pensaron: «Si le dejamos andar fuera de la ciudad, recorrerá otras ciudades y nos deshonrará más.» Determinaron, pues, apresarlo con un engaño. Además, Apolo estaba resentido por el ultraje de Samos porque no le entronizó con las Musas[47]. Como los delfios no tenían un motivo razonable, maquinaron una trampa para que los habitantes de los pueblos de alrededor no pudieran ayudarlo. En la puerta de la ciudad se pusieron al acecho de su esclavo y después de que se hubo dormido, provocaron el conflicto. Escondieron entre los equipajes que llevaba una copa de oro del templo. Esopo, ignorante de lo que llevaba en su equipaje, se puso en camino hacia la Fócide.

128. Unos delfios fueron en su persecución, lo ataron y lo llevaron a la fuerza a la ciudad. Él gritaba:

—¿Pero por qué me lleváis atado?

Éstos respondieron:

—Has robado el tesoro del templo.

Esopo, que no sabía nada, dijo llorando:

—Quiero morir si me encontráis algo semejante encima.

Los delfios, después de sacudir su equipaje, encontraron la copa. Y haciéndolo saber a la ciudad, le escarne-

[47] Cf. capítulo 100.

FIG. 9

cieron a golpes y en medio de un tumulto. Esopo, pensando que en ello se escondía una conjura, preguntó a los delfios, pero no le hicieron caso. Esopo dijo:

—¡Que sois mortales, no vayáis contra la voluntad de los dioses!

Y en venganza, lo encerraron en la cárcel. Esopo, al no encontrar la manera de salvarse, dijo:

—Ahora, yo, que soy un mortal, ¿cómo podré escapar al destino?

129. Llegó un amigo suyo que suplicó a los guardianes y entró a verlo. Entre lágrimas le dijo:

—¿Por qué ha pasado esto?

Esopo le contó una fábula[48]:

—Una mujer que había enterrado a su marido, sentada al lado de su tumba, lloraba continuamente. Uno de los caporales, al verla, sintió deseos de acostarse con ella y dejó los bueyes en el campo, se acercó a ella y fingió llorar. Dejó ella de hacerlo y le preguntó «¿Por qué lloras?». El caporal contestó: «He enterrado a mi mujer, que era prudente y buena y cuando lloro alivio mi pena.» Ella respondió: «Yo también estoy privada de mi buen marido, pero al llorar alargo el peso de mi pena.» El hombre le dijo: «Pues si nos ha sucedido la misma desgracia y estamos en la misma situación ¿por qué no nos entendemos? yo te querré como a aquella y tú quiéreme como a tu marido.» Dijo esto y convenció a la mujer. Pero mientras hacía el amor con ella, alguien desató a sus bueyes y los ahuyentó. El caporal, cuando se dio cuenta y no encontró sus bueyes, con el alma atormentada, se puso a gritar. La mujer le dijo: «¿Por qué lloras?». El caporal respondió: «Mujer, justamente ahora es cuando tengo por qué lamen-

[48] Cf. Introducción a la *Vita* II, 4, a propósito del tema sexual.

tarme.» Igual me preguntas tú por qué me lamento, cuando ves tú mismo el destino que tengo.

130. El amigo, afligido por él, le preguntó:

—¿Por qué se te ocurió ofenderlos en su propia patria y ciudad y estando además a su merced? ¿dónde está tu conocimiento? ¿dónde está tu dialéctica? ¿tú que diste consejos a ciudades y pueblos, te has vuelto insensato para ti mismo?

Esopo le colocó otra fábula:

131. —Una mujer tenía una hija tonta. La madre pedía a los dioses que su hija recuperara el juicio, mientras ella oraba, la doncella, la escuchaba a menudo. He aquí que un día fueron al campo. Ella dejó a la madre fuera de la granja y vio que un hombre forzaba a una burra y le preguntó al hombre: «¿Qué haces?». «La inspiro inteligencia» —dijo—. La tonta se acordó de la súplica de su madre y dijo: «Inspírame a mí también inteligencia.» El hombre se negaba a la tentación, diciendo: «No hay nada más desagradecido que la mujer.» «No tienes razón, señor, —respondió ella—. Mi madre te lo agradecerá y te dará la recompensa que quieras; pues hace rogativas para que tenga inteligencia.» Entonces, el hombre la desvirgó. La chica, muy contenta, corrió hacia su madre y le dijo: «Tengo inteligencia, madre.» «¿Cómo la has conseguido, hija?», preguntó la madre. La tonta le explicó: «Un hombre me metió dentro una cosa grande, rojiza, robusta por fuera y que corría por dentro.» Cuando oyó la madre la explicación de su hija, dijo: «Hija, has perdido también la inteligencia que antes tenías.» Lo mismo me ha pasado a mí, amigo. Pues he perdido también la inteligencia que antes tenía viniendo a Delfos.

El amigo de Esopo se marchó llorando a lágrima viva.

132. Los delfios entraron a donde estaba Esopo y dijeron:

—Hay que tirarte hoy por un precipicio, pues así hemos decidido ejecutarte, por ser reo de robo sacrílego y blasfemia, para que no seas digno de sepultura. Prepárate.

Esopo, cuando les vio amenazándole, dijo:

—Escuchad una fábula.

Los delfios le dejaron hablar. Y Esopo dijo:

133. —Cuando los animales hablaban el mismo lenguaje, un ratón se hizo amigo de una rana y la invitó a comer. La llevó a un granero muy opulento, en el que había pan, carne, queso, aceitunas, higos secos y dijo: «Come.» Cuando se quedó bien llena, la rana dijo: «Ven tú también a mi casa a comer, para llenarte bien.» Le llevó a una charca y dijo: «Nada.» «No sé nadar», dijo el ratón. La rana le contestó: «Yo te enseñaré.» Y con una cuerda ató la pata del ratón a la suya, saltó a la charca y arrastró al ratón. El ratón, ahogándose, dijo: «Aun estando muerto me vengaré de ti viva.» Al decir esto el ratón, la rana se sumergió y lo ahogó. Flotaba el ratón en el agua y un cuervo lo arrebató con la rana atada y al comerse al ratón, arrampló también con la rana. Así se vengó el ratón de la rana. Lo mismo yo, señores, al morir seré vuestra ruina. Pues incluso los lidios, babilonios y casi toda Grecia cosecharán el fruto de mi muerte.

134. Después de decir él esto, ni así se dejaron convencer los delfios, al contrario, lo llevaron al precipicio. Esopo se refugió en el templo de las Musas. Ni así tuvieron compasión de él. Mientras lo arrastraban a la fuerza dijo:

—Delfios, no despreciéis este templo.

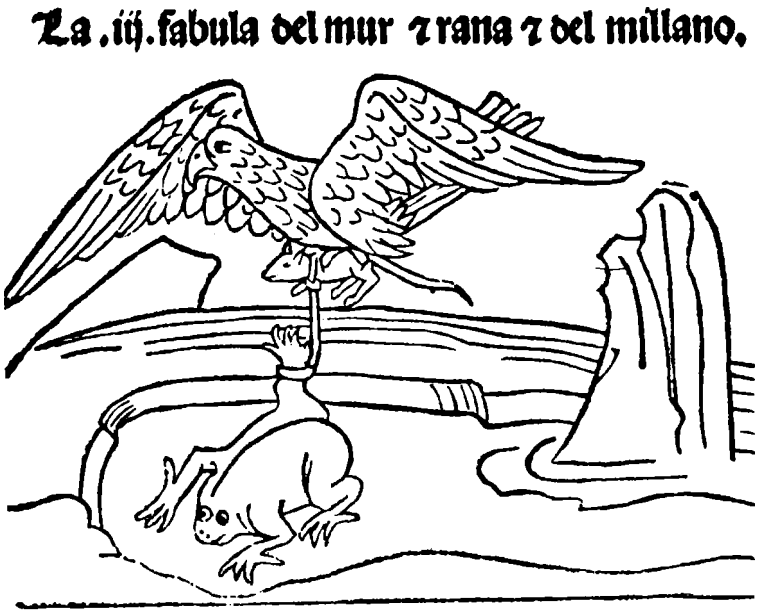

FIG. 10

135. Así una liebre[49], cuando era perseguida por un águila, se refugió junto a un escarabajo pidiéndole que la salvara. El escarabajo suplicó al águila que no desdeñara su ruego. Le obligó a jurar por Zeus que no despreciaría su pequeñez. Pero el águila golpeó con el ala al escarabajo, se llevó la liebre y, después de desgarrarla, se la comió.

136. El escarabajo, irritado, acompañó en su vuelo al águila y espió su nido, en el que estaban los huevos que juntaba el águila, cuando ésta se marchó, el escarabajo los cascó. A su regresó, el águila se quejó rabiosamente, mientras buscaba al responsable para despedazarlo. Cuando llegó el momento, el águila puso un huevo en un lugar altísimo. El escarabajo, que lo supo, volvió a hacer lo mismo. El águila lloraba a sus crías diciendo que era la cólera de Zeus para que se hiciera más escasa la raza de las águilas.

137. Con la experiencia, el águila, irritada, no guardó los huevos en el nido, sino que subió al Olimpo y puso los huevos encima de las rodillas de Zeus y le dijo: «Dos veces me desaparecieron los huevos, pero a la tercera los pongo ante tu vista, para que me los protejas.» El escarabajo lo supo, se llenó de estiércol, subió a donde estaba Zeus y revoloteó ante su vista. Zeus, cuando vio un animal impuro, temió que le saltara encima y, olvidándose de que tenía unos huevos en el regazo, los rompió.

138. Al suceder esto, Zeus supo que el escarabajo había sido ofendido por el águila y al llegar ésta ante Zeus, le dijo: «Con razón has perdido tus crías por haber ofendido al escarabajo.» El escarabajo añadió: «No sólo me ha ofendido a mí, sino que también ha come-

[49] Cr. fábula 3 de Esopo.

tido una gran impiedad contra ti, pues cuando la obligué a jurar por ti, no se arredró, sino que mató a quien había pedido refugio. No cejaré si no le propinas el máximo castigo.»

139. Como Zeus no quería reducir la raza de las águilas, convenció al escarabajo para que depusiera su cólera; pero al no hacer éste caso, cambió Zeus la época de puesta de las águilas a cuando no aparece en la tierra el escarabajo. Igual vosotros, delfios, no profanéis este templo en el que yo me he refugiado, aunque el templo sea pequeño, recordad lo del escarabajo y reconciliaos con Zeus hospitalario y Olímpico.

140. Los delfios no se dieron por satisfechos, lo sacaron y lo pusieron al borde del precipicio. Esopo, al ver su destino, exclamó:

—Puesto que de todas maneras os hablo y no me hacéis caso, escuchadme esta fábula. Un labrador que envejeció en el campo y nunca había visto la ciudad, pidió a sus hijos que, mientras viviera, le llevaran a ver la ciudad. Los hijos le uncieron los asnos al carro y le dijeron: «Conduce sólo y ellos te llevarán a la ciudad.» Pero se echó la noche y vino una tormenta, los asnos se desviaron del camino y fueron a un lugar escarpado. El viejo, cuando vio el peligro, dijo: «Zeus, ¿en qué te he ofendido para perecer así y además esto, no por culpa de unos caballos, sino de unos miserables asnos?» Pues igual yo, tengo el disgusto de que muero a manos, no de unos hombres respetables, sino de unos miserables esclavuchos.

141. A punto estuvo de que lo despeñaran, cuando todavía contó otra fábula. Dijo[50]:

[50] La mayor parte de esta pequeña historia falta del manus-

FIG. 11

—Un hombre estaba enamorado de su propia hija y consumido de pasión, mandó al campo a su mujer, se apoderó de su hija y la violó. Ella dijo: «Padre, estás haciendo un sacrilegio, preferiría entregarme a cien hombres que a ti.» Lo mismo me pasa con vosotros, delfios, preferiría antes rodar por Siria, Fenicia, Judea, que morir estúpidamente a vuestras manos.

Pero los delfios no se arrepintieron.

142. Esopo los maldijo, puso por testigo al jefe de las Musas[51] para que oyera que moría injustamente y se arrojó por el precipicio. Así puso fin a su vida. Los delfios fueron presa de una peste[52] y recibieron un oráculo de Zeus para expiar la suerte de Esopo. Después, cuando lo supieron las gentes de Grecia, de Babilonia y los samios, vengaron la muerte de Esopo.

Origen, educación[53], hazañas y muerte de Esopo.

Muchos creen que lo que se descubre con facilidad es fácil también de despreciar.

---

crito *G*. Damos hasta «delfios» la traducción del texto conservado en la recensión de Westermann.

51 A Apolo.

52 Sobre el papel de Esopo como *fármaco*, véase Introducción a la *Vita* II. 4.

53 El texto de *G* dice *anatrofé educación;* posiblemente sea un error por *anastrofé andanzas*, que es lo que figura al comienzo de la obra.

FÁBULAS DE BABRIO